

MINUTAS

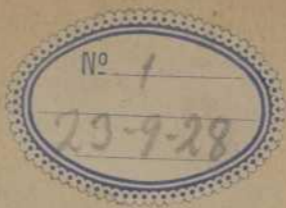
POR

ANTONIO ALONSO TERRÓN



GRANADA
Imp. de EL PUEBLO
SAN Pedro Mártir, 5
1897







R-26. 185

A Francisco L. Hidalgo
fo en prueba de buena
amistad

El Autor

MINUTAS



MIRIAM



MINUTAS

POR

ANTONIO ALONSO TERRÓN



Donado á la Biblioteca Universitaria
de GRANADA por
Franc^{co} L. Hidalgo Rodriguez

GRANADA
Imp. de EL PUEBLO
San Pedro Mártir, 5
1897

4686

Es propiedad.

Al Excmo. Sr. D. Pablo Díaz Ximénez

Marqués de Dilar, Abogado, Gentil Hombre de Cámara con ejercicio, Presidente de la Liga Agraria, ex-Senador por seis veces, ex-Alcalde, ex-Director de la Económica, ex-Diputado provincial, ex-Presidente en Madrid de la Asamblea general de las Ligas de Contribuyentes, Gran Cruz de Isabel la Católica y del Santo Sepulcro de Jerusalem, Comendador de la de Carlos III y de la de Beneficencia, etc., etc.

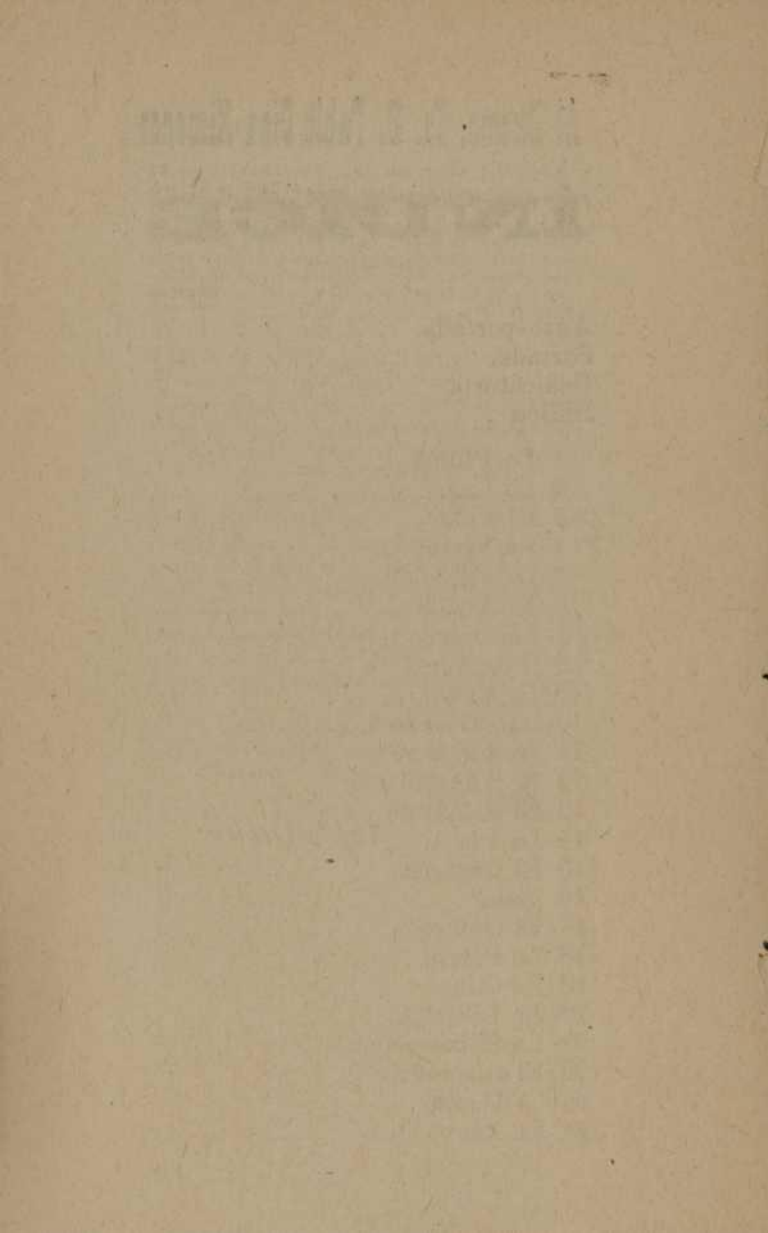
RESPECTABLE SENOR MIO Y AMIGO: Al editar la colección de pequeños artículos publicados en mi periódico EL PUEBLO, no abrigo la pretensión de que alcancen los elogios de la crítica, sinó sencillamente el deseo de conservar en forma de libro mis primeras producciones literarias.

Después de esta confesión, necesaria en quien, como yo, está ayuno de las brillantes facultades indispensables para llamarse «autor» en el pomposo sentido que vulgarmente se dice, me atrevo, confiando en la exquisita benevolencia de V., á dedicarle mi obra, que si nada vale por ser hija de escasa inteligencia, tendrá, en cambio, el indiscutible mérito de figurar á su frente el nombre ilustre de un prócer granadino, al que profeso estimación singular.

Enespera de que las MINUTAS obtengan de usted la acogida que apetezco, quedo reconocido á sus bondades y con la mayor consideración

b. s. m.

El Autor.



ÍNDICE

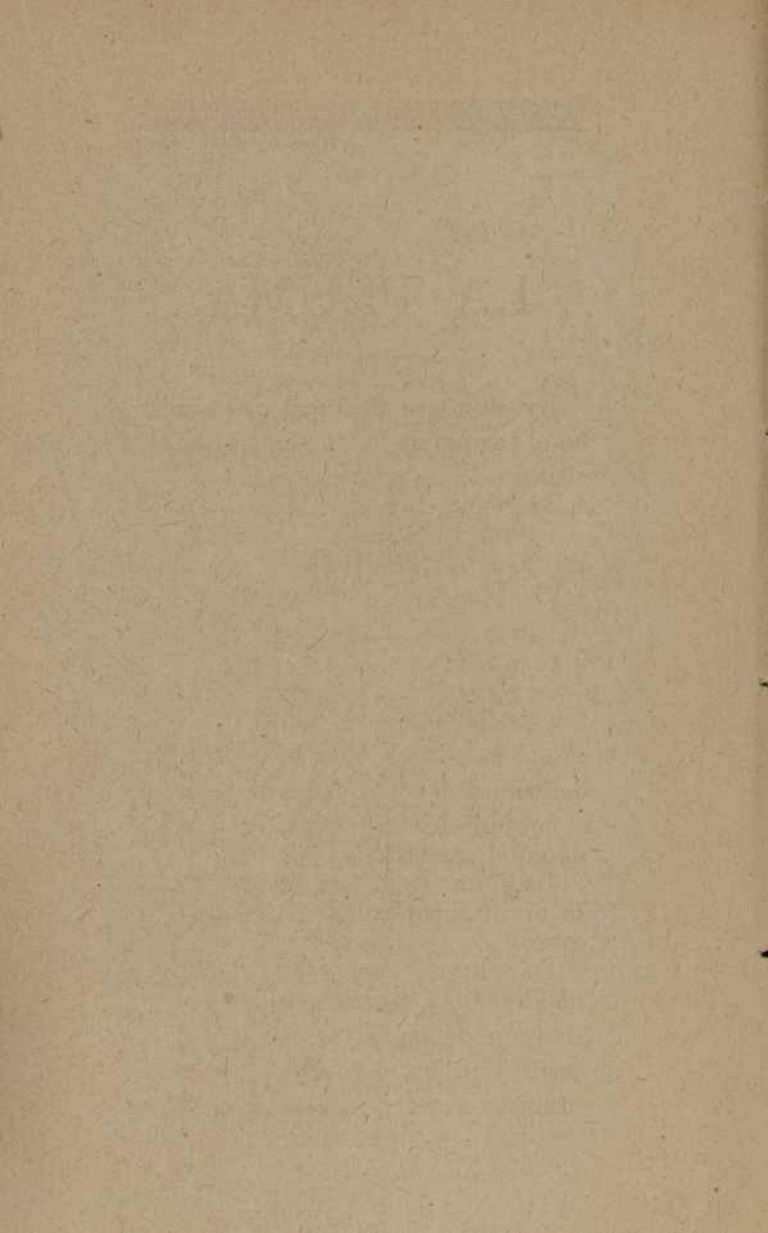
	Página.
Ante-portada.	I
Portada.	III
Dedicatoria.	V
Índice.	VII
1 La Pluma.	1
2 La Luz.	3
3 El Nido.	5
4 La Virtud.	7
5 La Vanidad.	9
6 El Abuelo.	12
7 Las dos bolas.	15
8 ¡Desnudo!	19
9 La Duda.	21
10 La Primavera.	23
11 La Adúltera.	26
12 El Anarquismo	28
13 El Anónimo.	31
14 La Ola	33
15 El Lupanar.	36
16 ¡Sola!	39
17 El Gomoso.	41
18 La Patria	43
19 La Cuna.	47
20 La Libertad.	50
21 La Hipocresía.	54
22 El arte taurino.	57
23 La Usura.	60
24 El Amor.	63

—VIII—

	Página.
25 El Cigarro.	65
26 ¡Desgraciados!	68
27 El Honor	70
28 La Mujer	73
29 La Ilusión.	76
30 El Baile.	79
31 El Destino.	82
32 El Verano.	85
33 La bestia humana.	87
34 El Beodo.	90
35 El Periodista.	92
36 La Mentira	95
37 El Oro.	97
38 El Otoño	100
39 La Sinceridad	102
40 El Beso.	105
41 Una Cita.	109
42 La Fé.	111
43 La Inmoralidad.	113
44 El Remordimiento.	116
45 La Paz	119
46 La Conciencia	122
47 La Gratitud y la Pervd.	125
48 El Odio	127
49 El Juego.	129
50 El Invierno.	132
51 El Niño.	135
52 La Esperanza.	137
53 ¡Nieve!	140
54 La Prensa.	143
55 La Envidia	146
56 La Inclusa	149
57 La Venganza	153

	<u>Página.</u>
58 El Poeta.	155
59 La Verdad	157
60 La pena de muerte.	159
61 La Moral y el Derecho.	162
62 El Progreso.	165
63 La Calumnia.	167
64 La Felicidad.	169
65 La Monja.	171
66 La Superstición.	174
67 La Vagancia.	176
68 El Fanatismo.	179
69 El Avaro.	182
70 La Guerra.	185
71 La Caridad	188
72 El Egoísmo.	191
73 La Adversidad.	193
74 El Mendigo	196
75 La Soberbia.	199
76 La clase media.	201
77 La Amistad.	203
78 El Suicida.	206
79 La Música.	208
80 La Modestia.	211
81 El Pan.	213
82 La Voluntad.	215
83 Juan Lanas.	217
84 La Vergüenza	219
85 El Barro	221
86 El Trabajo	224
87 El Llanto.	226
88 El Carnaval.	229
89 El Cinismo	231
90 El Olvido.	233
91 El Estudiante.	235

	<u>Página.</u>
92 El Porvenir.	237
93 El Pincel.	239
94 La Cucaña.	241
95 El Nombre	243
96 El Público	245
97 El Manicomio	247
98 Las Flores.	250
99 La Política	252
100 La Alhambra	254
101 Dios.	257
Fé de erratas	261





LA PLUMA

La pluma es el cincel que graba en el templo de la inmortalidad la cultura de los pueblos, para legarla á las generaciones venideras.

Lo que rebosa de la fuente del cerebro, es lo que se escribe, y la pluma es la secuela que recoge y conduce las ideas al libro, que es el algibe del saber.

La pluma es la máquina fotográfica del pensamiento, porque las líneas dasiguales que la pluma va describiendo sobre el papel, forman el conjunto de la imagen aprisionada en el cerebro.

La pluma es la fecunda madre de la civilización y las alas del progreso.

La pluma, con sus convulsivos movimientos, siempre sedienta y siempre bebiendo en el tintero el negro líquido, por el cual vive y nunca conserva, parece la hembra


enamorada de la inteligencia, que, palpitante su seno, ávida de recibir lastiernas caricias de la inspiración, corre sobre el papel en busca de su amada, y en el paroxismo del placer quedan secas sus fauces y fatigada su materia.

Sin el auxilio de la pluma no habría sabios, porque la pluma es el cable que une las inteligencias y fomenta el saber. Inteligencia incomunicada es como diamante sin pulimento: ni la una resplandece, ni el otro despide sus vivísimos destellos.

Calumnia que la pluma difunde, es la maldición de un miserable esculpida sobre un nombre honrado, como suplicio eterno de ese nombre. Por esto, cuando la pluma difama, debieran revolverse sus lenguas de acero contra la mano infame que las maneja.

La pluma es la que da forma material al pensamiento y la que al pensamiento inmortaliza.

La sangre de Jesucristo redimió al mundo, como la tinta destilada por la pluma lo arrancó de la esclavitud y de la ignorancia.





LA LUZ

La luz es el sabio maestro que nos enseña el hermoso libro de la Naturaleza, cuyos caracteres saben leer todos los hombres.

La luz es el alma del color y la vida de la sombra.

La luz nos alienta y por ella recorreremos el camino de la vida, porque sin luz nos paralizaría el terror, toda vez que el instinto de conservación soñaría un inmenso abismo á cada paso.

La luz es la fé, como la sombra es la duda.

De la falta de prueba nace la duda, como de la falta de luz nacen las sombras. Pero á mayor intensidad en

la luz, es más fuerte la sombra, como á mayores dudas, es más firme la fé.

La luz es la alegría del alma, y por esto el alma del ciego debe estar en perpétuo llanto y en desesperación eterna.

En la luz resplandece la verdad; en las sombras impera la mentira. En las sombras la traición se gesta; en la luz la lealtad se nutre.

Y de aquí que la luz sea el principio del Derecho universal.

Sin luz, en fin, se desconocería la existencia y el mundo volvería á la nada.



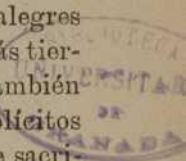


EL NIDO

En la más escabrosa peña, en lo más oculto del bosque, en el más alto agujero de derruido caserío, en las más elevadas ramas de los más corpulentos árboles, forman los pájaros sus nidos con débiles ramas perfectamente tegidas y con muelle lecho de plumas.

Allí, á cubierto de las inclemencias de la Naturaleza, las alegresavecillas se entregan á los más tiernos coloquios de amor, y también allí nacen sus hijos, que solícitos crían é incansables velan y se sacrifican por ellos.

Mientras la madre vuela desatentada de aquí para allá, buscando el



pequeño insecto con que alimentar á sus hijuelos, el padre los arrulla cariñoso y aparta de ellos la monotonía y la tristeza.

Pero cuando más satisfechos están los padres y más alegres los volantes, una mano artera se apodera de éstos y un alma de Nerón no oye las lamentaciones ni el lloro amargo de aquellos que, si supieron ponerse á cubierto de las inclemencias del tiempo, no contaron con la maldad del hombre, algo peor que el vendabal y la nevizca.

¡Como las aves en su nido, viven las libertades en su palacio de oro y grandezas!

¡Basta el capricho de un niño para acabar con el nido, como basta la mano de un tirano para encadenar á un pueblo!



LA VIRTUD

La esencia sublimada del bien y del honor, es la virtud.

No existe la virtud en la mujer que de su cuerpo hace vil mercancía y en público la vende, ni en la que en teatros, bailes y paseos, luce la belleza plástica de la hermosa planicie inmediata á las montañas fascinadoras de su pecho.

Tampoco existe la virtud en la mujer que pretende pasar por hermosa para que todos la adoren, ni aún en la que por su cerebro ha cruzado, rápida como el relámpago, pero repetida como el tiempo, la idea livinidosa sugerida por instigación de la materia.

De igual modo no es virtuosa la mujer que no puede dejar de serlo, ni la que acalla sus deseos por temor al escándalo y à que su nombre sea lanzado en medio del arroyo, como residuos asquerosos del hogar.

Luego la virtud no es condición ingénita en la persona, como pretendemos que sea; es sencillamente una ley social que acatamos forzados.

Y sinó, rompamos esa ley, y después busquemos la virtud, que no encontraremos por parte alguna, porque con la misma ley la habremos destrozado.



LA VANIDAD

La vanidad es tan grande que lo invade todo, desde la aristocracia corrompida y la plebe adyecta, á la democrática y sagrada sociedad de la tumba.

La vanidad lo mismo se disfraza con el manto humilde de la caridad, que se enseñorea al resplandor de la insultante llamarada de los fuegos fátuos de la ostentación y del lujo.

Es tan soberbia, tan egoísta y tan tiránica, que no nos deja disfrutar de la única igualdad del mundo, de esa igualdad maravillosa que sólo se muestra ante nosotros en los momentos solemnes de nacer y morir.

La vanidad es prenda que muchos

visten y señora que en casi todos los hogares se alberga: es hija del orgullo y madre de la ambición; dirige los cerebros y tortura al impotente, y en pos de sí marcha siempre la ruina y el deshonor después.

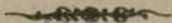
Pero en donde más se nota la vanidad, en donde se presenta con más repugnancia, es en la morada de los que fueron, en el Camposanto.

Allí se ven soberbios mausoleos, que, á la par que patentizan la vanidad humana, constituyen un ultraje á aquel lugar sagrado en donde sólo la severidad más estricta debe tener cabida; allí se ven inscripciones rimbombantes que son una ofensa para el recuerdo del que fué; allí se ven letreros que pisotean la Gramática y ridiculizan la santidad de la tumba; allí se ven caprichos del arte y extravagancias del gusto, entre los cuales se pierden lastimosamente los pocos delicados y modestísimos tributos, que algunos vivos, con discreción plausible, rinden á sus queridos muertos.

¡Esta oleada de miserias y resquemos de la vida, esta borrachera de

envidia, no ha respetado siquiera, llenándonos de vergüenza, la tumba de pasadas generaciones!...

¡Pero en cambio, nos aturde la cínica y estrepitosa carcajada de la vanidad triunfante y satisfecha!...





EL ABUELO

Ahí teneis una historia viva, en cuyas páginas están grabados los secretos de familia de toda una generación.

Cada arruga de su rostro, es un desengaño; cada cabello blanco, un sufrimiento; su piel está tostada por el fuego ya extinguido de las pasiones, y flácida, marchita, por la desilusión rayana en el excepticismo.

Su palabra es balbuciente, torpe, casi ininteligible, porque es la palabra de la verdad, y la verdad no puede decirse clara, potente, descarnada. ¡Tiene que salir de la sima del pecho de un anciano, á la puerta cavernosa de una boca desfigurada,

de una lengua que se atropella, de unas encías sin huesos, de unos labios sin fuerza, entre cuyas ruinas, la voz se desfigura y sirve de antifaz á la verdad para lanzarse al mundo de las mentiras!

Sus pies carecen de agilidad, porque los traba la reflexión fría y serena, que le ha enseñado á caminar despacio para llegar sin tropiezos al fin deseado; su frente va siempre inclinada hacia el suelo, porque ya no tiene vanidad ni orgullo, convertidos en el polvo que mira y pisa; su respiración es asmática, porque el libro del pasado es tan voluminoso que á penas deja á sus pulmones sitio para que se ensanchen y funcionen con desahogo.

El abuelo no tiene aspiraciones de ningún género y huye de las reuniones, de las fiestas, de los placeres, de las orgías...

Ama la verdad, y por eso busca al nieto, y con sus caricias, goza, y se alegra con sus sonrisas; con sus gritos se entretiene, y se divierte con sus juegos; y el nieto encuentra en el abuelo, lo que no halla en sus

propios padres: tolerancia en todo y rigidez en nada.

¡Por eso van juntos el abuelo y el nieto, el porvenir y el pasado, unidos por un presente tierno y dulce: por la inocencia complacida y por la última ilusión del viejo satisfecha!





Las dos bolas

Nacen dos seres: al uno, lo envuelven en suavísimas sedas y en encajes valiosos, después de haberlo ablucionado cuidadosamente en tibiais aguas saturadas de riquísimas esencias: al otro, lo frotan con violencia en agua fría, chorreada de vino, y después lo cubren, ¡si llegan á cubrirlo!, en míseros y desgarrados harapos..

Del bombo inmenso de la Naturaleza, salieron estas dos bolas iguales: premiada una, sin premio la otra.

Esta, trabajó y sufrió hambres y arrojó miserias y recibió desdenes.

Aquella, vivió en la vagancia y la

rodeó el fausto y la grandeza, y en el treno esplendoroso de su fortuna se quemó el incienso de la adulación y te cantó el himno de la lisonja.

¡Así vivieron!

.
Largoy lúgubre salón dividido en pequeñas celdas sin puertas, forma el depósito de cadáveres.

Una de estas celdas está ocupada por lujoso ataud.

Múltiples coronas cubren el suelo y las paredes de aquella fatídica estancia, iluminada por la vacilante y mortecina luz de varios blandones, cuyo chisperroteo, en medio de aquella soledad espantable, achica el ánimo y nos hace apartar el pensamiento del batallar continuo de la existencia, para fijarlo en el Crucifijo que preside este cuadro de la materia que se deshace y que es fin del principio.

Junto á aquella celda hay otra, también ocupada; pero no tiene luz que alumbre una caja de madera sin labrar y toscamente construida; no hay coronas, menos aún, ni una flor siquiera, cuyos pétalos marchitos y

esparcidos por la estancia tristeexhalen sus últimos aromas, que neutralicen el repugnante hedor de la descomposición del cadáver; no existe, en fin, nada que regatee un átomo á la infinita grandeza de la miseria y de la muerte unidas.

Los dos muertos presentan los mismos caracteres: ni sus cerebros piensan, ni sus corazones laten, ni sus pulmones se agitan; el color antes sonrosado de sus rostros, ha se trocado en el de vieja ficha de marfil; los ojos están hundidos en sus cuencas, que parecen vacías; la mueca horrible de la muerte, ha ocupado el lugar de la sonrisa alegre; la brillantez de sus cabellos se ha vuelto opaca; la rigidez de sus miembros ha borrado las correctas líneas de sus cuerpos, que parecen más bien grotescos peles, que imágenes de seres humanos.

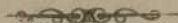
Amanece el día, y á sus primeros resplandores son conducidos estos cadáveres á la morada eterna, á la tumba.

¡A poco después quedan enterrados!...

Uno, en fastuoso mausoleo, más digno de exposición artística, que de arca santa para encerrar las cenizas sagradas de los que fueron.

El otro, en hoyo deforme, sin más inscripción que el recuerdo, ni más grandeza que la nada.

¡Así murieron!





¡DESNUDO!

Concebido en entrañas de vulgar mujer, nació, y nació, en medio de la indigencia amarga, en los horribles antros de la miseria, en los abismos lúgubres y tenebrosos del más bárbaro y cruel abandono.

Llegó á la pubertad, y se desarrolló su imbecilidad, desde la infancia iniciada con inequívocas muestras.

Y allá, próximo á la gruta de la virgen de Lourdes, y para explotar con vilipendio la caridad pública, lo exhiben sus desnaturalizados padres en completa desnudez, yertos sus miembros por el frío, amoratadas sus carnes por los azotes cons-

tantes de la brisa helada, que su piel aspereza y grietea sin piedad.

¡Bien hizo el cielo en privar de la razón á esa infeliz criatura! Pues de otro modo, tendría que maldecir á esta sociedad, corrompida por todos los vicios y por todas las concupiscencias bastardeada, porque de esta sociedad forman parte padres tan malvados como esos, que no conservan en sus pechos ni un átomo de lo que con exceso atesoran hasta las fieras más temibles del desierto!





LA DUDA

Dios al crear el mar, sepultó en el fondo la duda, por ser la duda ruín engendro del amor á espaldas de la fé.

La duda es un abismo cuyo fondo ignora el hombre. Mas la duda existe, como existe el fondo del mar.

Pero el hombre habla del fondo del mar, como la duda se apodera del hombre: por suposiciones y apariencias.

Entregarse á la duda es como sepultarse en el Océano: la desesperación ó la asfixia nos arrancarán la vida.

La duda tiene un eco que repercute en nuestro oído y agita el es-

piritu en brutal borrasca, el mar tiene un rumor que repercuten las olas y agitan las arenas de la playa.

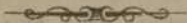
Meditando en lo que el fondo del mar encierra, como meditando en el fundamento de la duda, todas las ficciones son admisibles y realidades todos los delirios.

La duda siempre atormenta; el mar siempre se agita.

El mar nos enseña el peligro; la duda nos lo advierte. ¡Pero el mar se cruza muchas veces, como la predicción no se cumple en muchas ocasiones!

No debemos creer en todo; pero debemos tener fe en algo.

Y si entre ese algo figura la mujer, nos veremos libres de los celos, que es la más cruel de las dudas.





La primavera

Si en verano todo es calor, en otoño tristeza, y en invierno nieve y frío, en la Primavera todo es hermoso, delicioso, risueño, dulce.

En esta privilegiada estación del año, comienzan las mujeres á usar sombreros de paja adornados de encajes y gasas hábilmente combinados, y se visten con alegres trajes de blancas y finas telas, que realzan su hermosura y multiplican sus encantos; el campo se esmalta de amapolas y lirios; el bosque se cubre con sus galas más hermosas de verdura; los pájaros, á los primeros y alegres resplandores del día, entonan sus más risueños y amorosos

trinos y arpegios; los árboles se recubren de hojas, como ondina en las azuladas olas del mar; los arroyuelos, antes de aguas cenagozas, semejan veneros de plata y chorros de cristal; los cármenes cubren sus tapias de yedra y enredaderas de campanillas y pasionarias, y bordan su suelo alelúes y violetas, claveles y rosas, que perfuman el espacio; las mañanas son vaporosas y las tardes están impregnadas de un ambiente suave y poético; la brisa parece un transparente y finísimo tul que las nubes envían á la Primavera, para que en él se envuelva y aparezca más ideal su figura y sean más excitantes sus bellezas; el cielo, más azul que nunca, y sin manchas que lo empañen, quiere que su diafanidad sirva de espejo á las exuberancias de la tierra; y, en fin, el aire es el insenciario que quema los perfumes de la Naturaleza en los altares del Universo.

Mas como si todo esto fuera poco, viene la Virgen María á coronar con su fiesta esplendorosa, los infinitos atractivos y las sorprendentes galas de la Primavera.

¡Con razón la alaban los poetas y
con sobrado motivo nos embelesa y
nos extasia!

~~SECRET~~



La adúltera

Cual copo de blanca nieve caido á inmundo lodazal, fué la historia de su vida.

Mientras su corazón latió á impulsos de las inocentes y gratas emociones de la infancia; mientras en su cerebro no halló cabida el deseo desmedido de fátuas grandezas y oropeles; mientras su espíritu no se agitó enloquecido por sensuales placeres, lividinosos como pasajeros; mientras no hicieron mella en su ser la conducta, satánica por lo bulliciosa y por lo inmoral execrable, de los que la rodearon, fué tan pura y tan casta, como blancay pura es la nieve conjelada en el espacio.

Así como la nieve nace de los vapores, de la esencia del agua purificada por las corrientes atmosféricas, aún cuando la partida de esas aguas sea de lago impuro y asqueroso, así también nace el ser humano, á excepción del pecado común á todos, y aún cuando proceda de los antros del vicio, limpio de toda mancha y tan virgen como las entrañas de la tierra, jamás holladas por el paso del hombre.

En la adúltera como en el copo de nieve no influye más que el accidente.

La mujer bien educada no puede hacer de sus hechizos, de su hermosura, de la arrogancia y esbeltez de su cuerpo, vil mercancía, como el copo de nieve no puede perder su pureza, ni su blancura, ni su transparencia, en la más altas cumbres de empinada sierra.





El anarquismo

Es el anarquismo la negación de todo derecho y el contrarresto de todas las leyes divinas y humanas; es el predilecto hijo del odio vil y de la despreciable envidia; se gestó por el espasmo de fatídica convulsión social, y vive y se nutre de las exaltaciones de cerebros desequilibrados por los vicios, y de pechos exentos de todo sentimiento noble.

El anarquismo se asemeja al volcán hasta en su nacimiento: el uno fué producto de una convulsión de la tierra, el otro de una convulsión de la sociedad, cuyos lazos no pudieron contener el desenfreno de

algunos de sus individuos, como las grandes capas terrestres no pudieron contener en su seno el terrible hervol de potente llama, que encontrando su cuna mezquina y pequeña, abrió horrible brecha y buscó en el ancho espacio satisfacción á su satánico orgullo.

El aliento insano del volcán lleva en pos de sí la ruina y la muerte, y su candente lava arrasa campos y destruye hogares; á su alrededor no existen las flores ni las verduras con que la Naturaleza alegra nuestra mirada, ni existen tampoco pájaros que con sus gorgoros adulen nuestro espíritu, perfumes que nos embriaguen, aires frescos y puros que ensanchen y dilaten nuestros pulmones.

La idea anárquica se extiende como la volcánica lava y perturba á muchos despechados seres, los conduce por la senda del crimen y de la destrucción, atrofia los más puros sentimientos del alma y les hace respirar una impura atmósfera, saturada con los miasmas que des-

piden infinitos cuerpos destrozados, y viciada por el polvo de edificio derruido en un momento.

Pero así como la lava del volcán no logra cubrir al planeta en que vivimos, así tampoco el anarquismo logrará con sus bombas destruir la sociedad, porque la sociedad es indestructible para el hombre.





El anónimo

La cobardía y la maldad engendraron en asquerosa sodomia el anónimo infame

Este arma vil, siempre despreciable, ¡cuánto daño produce!

Cuando no ultraja á la virtud y mancha el honor, deposita en el individuo el dédalo amargo de la duda.

Nos sucede con el anónimo lo que al pajarillo con la serpiente.

El pajarillo quiere huir de la serpiente, y no puede; la serpiente lo atrae con su aliento maléfico para destrozarlo con sus pequeñas mandíbulas. El hombre quiere apartar de sí el anónimo, y no puede; el

anónimo lo atrae con misteriosa fuerza, y el individuo lee con avidez y excitación aquellas letras desfiguradas y grotescas que van emponzoñando su corazón, nublando su dicha y matando la tranquilidad de su espíritu.

Y después de leído el anónimo, ¿qué queda?

Un hombre lívido por la ira, que mira y mira por largo tiempo aquellos renglones tortuosos y no acierta á saber la mano miserable que los ha trazado, y que quizás sea la que momentos después estreche afectuoso....

¡Al hombre que nos ofende y ultraja, se le puede perdonar; pero al reptil que oculto nos mancha, se le aplasta sin compasión!





LA OLA

Vedla ondulante y magestuosa llegar y estallar esfervescente en la playa con ronco y rasgado sonido. Es el aliento del monstruo que se agita sin cesar, con movimiento de voluminosa é inmensa serpiente.

La ola encrespada, enfurecida, jigantesca, es la personificación de la soberbia: la una, rugiente, desenfrenada, quisiera inundar al mundo, sepultando en su anchuroso seno hombres y ciudades, campos y montañas; la otra, con furor satánico, ambiciona la humillación y el empobrecimiento de la humanidad, para que su anémico y aerrojado cuerpo le sirva de pedestal y sobre él

enseñorear su vanidad y cantar su victoria. Pero ¡ay! que la soberbia tiene un freno impuesto por el hombre y formado por las leyes sociales, como la ola tiene un dique infranqueable impuesto por Dios y formado por diminutos granos de arena.

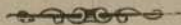
La ola serena, mansa, suave, es un fiel trasunto de la hipocresía: la primera, brinda al hombre todo su encanto, su hermosura toda, y besa humilde sus plantas para hacerle creer en su mentida bondad y hacerle víctima de su perfidia; la segunda, ofrece también al hombre su amistad fingida y con el incentivo de la lisonja, le hace resbalar y caer en sus tupidas redes.

La ola, al romperse en la orilla con su pausado chiiis..... chaaas..... ¡quién sabe si en pos de sí y envuelto en su fresca brisa, traerá para abatida madre el último suspiro de moribundo náufrago en las profundidades del mar! ¡Quién sabe si con su chiiis..... chaaas..... pausado que-rrá decirnos algo que nos interesa, hacernos presente algo que nunca

debiéramos olvidar y que es exacto reflejo de su constante movimiento! ¡Quién sabe si nos advertirá que no debe abusarse de la fuerza, fiado en la mansedumbre de los pueblos, como tampoco de su sereno y dulce chiiis..... chaaas..... porque tal vez se agite dentro de sí y sin señales exteriores, imponente borrosca, como dentro de la sociedad convulsiones desoladoras y fatales!

.

Mas ¡cuán dichoso es el que en la época estival contempla la ola serena y mansa en noche de luna esplendorosa! Quien no la haya visto así, desconoce la verdadera imagen del amor y de la poesía.





El lupanar

Media docena de jóvenes, pálidas y ojerosas, vestidas con elegancia y perfumadas con esencias pestilentes, sin más misión que la de halagar á todo el que llega y sin más voluntad que la voluntad ajena, hállanse recostadas con descuido de aquí para allá en artístico desorden.

Su voz es ronca por el vino y el tabaco, y su mirada es de alegría fingida; ni sus sonrisas ni sus lágrimas significan nada; si se las acaricia, no lo agradecen; si se las abofetea, no odian.

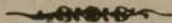
Mercachifles de su marchita hermosura y de sus ajados hechizos, aman sólo al dinero y por él sacrifican la mercancía; en sus labios titila siempre la palabra obscena ó la frase lasciva, como de sus acciones queda al descubierto toda la impudicia de estos seres abyectos.

En desarmónico dúo vibra siempre en el espacio el rumor de besos y el apóstrofe grosero; y el cuadro obsceno é incitante, formado por todas sus bellezas plásticas al desnudo, mella la pupila y hace que una oleada de angustia repugnante fatigue al espectador.

Y esas mujeres crapulosas, capitaneadas por una superiora, más asquerosa y más despreciables que ellas, tienen abierta cátedra de corrupción y de escándalo, y existe una ley que las regimenta y unas autoridades que la explotan.

¡Y entre tanto, las generaciones se van sucediendo impregnadas cada vez más de un ambiente grandísimo de igualdad y libertad, mientras hay esclavas del vicio que luchan por la vida entre las pútri-

das emanaciones de las excreencias sociales, en las que al fin encuentran la muerte, ignominiosa, como ignominiosa ha sido su existencia!





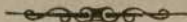
¡SOLA!

Abandonada de sus padres y repudiada por sus conocidos, mal cubiertas sus delicadas carnes por mugrientos harapos, é impresas en su infantil rostro las huellas horribles del hambre y de la miseria, sin más escudo que su casta inocencia y sin más compañía que una fatídica leyenda por la popular fantasía inventada en derredor suyo, vaga por nuestras calles sola, muy sola, extendiendo su débil mano al transeunte en demanda de algún socorro, una infeliz niña de cinco años.

La maldad de sus padres y la superstición de sus conocidos, han lanzado á esta cándida criatura al

medio del arroyo, y en los tenebrosos abismos del mundo perecerá olvidada de los hombres, si en su auxilio no se acude inmediatamente.

¡Ya que la sociedad permite estas crueldades y mira impávida tanta desventura, acuda en auxilio de la víctima la caridad oficial, antes de que se consume el infame crimen de unos padres malvados, se cumpla la sentencia á muerte dictada por la superstición estúpida, y se infiera la más terrible ofensa á la Humanidad y al progreso su baldón mayor!





EL GOMOSO

Miradlo: por ahí va. ¿No le conocéis? ¿Decís que no? Pues escuchad:

De la moda exagerada es el corte de sus vestidos; su andar pedante; su mirada, altiva; náuseas produce su presencia en los estómagos delicados; por el perfume que lleva impregnado en sus ropas, aseméjase á liviana mujerzuela; su cerebro es un vasto almacén donde hacinadas se hallan la estúpida vanidad y la estulticia intame; de nido al germen de la escoria y vicios sociales, sirve su pecho; su lengua, se solaza en detractar las honras ajenas, y se asemeja al asqueroso reptil que mancha lo que toca; tiene por único ideal, la

conquista amorosa; ser el burlador de muchas doncellas, constituye su mayor galardón y su timbre mayor de gloria.

Antítesis de lo noble y padre de la tontería, heraldo de lo inútil y viviente personificación de la rap-sodia, representa el gomoso la ex-crescencia toda de la sociedad y de la sociedad constituye su baldón y su ignominia, como constituye y re-presenta sarcástica berruga de la civilización y repugnante borrache-ra del progreso.





LA PATRIA

La patria es á la vida del hombre, lo que el rocío á las flores. La flor languidece y se marchita sin rocío, como el hombre se entristece y sufre lejos de su patria.

La patria es un segundo dios para el individuo, quien por ella da cuanto posee y por ella sacrifica á sus hijos, derrama su sangre y pierde la vida.

La patria no se aparta del hombre por mucho que éste se aleje de ella, porque la patria radica en el cerebro como recuerdo, como amor en el corazón y como necesidad del espíritu en el alma.

Lejos de la patria se exalta más el patriotismo que en la patria mis-

ma, como lejos del ser querido aumenta el deseo y se avivan los ardores del amor; pero al perderse de vista á la patria como al ser querido, se contrista el ánimo y se apercibe en derredor cierto vacío, tan melancólico y tristón, como inexplicable y característico.

La patria condensa en sí toda la vida de un ser; desde su personalidad que lo distingue y dibuja con propios é inconfundibles caracteres, hasta el orgullo típico de raza; desde las alegrías de la infancia, hasta las amarguras y desengaños de la vejez; desde los arrullos tiernos y suaves de nuestras madres, hasta el cariño que enardece nuestro pecho por la mujer amada; desde el trono esplendoroso de la opulencia, hasta el desesperante y mortífero destilador de la miseria; desde la duda que agita y perturba, hasta la fé que tranquiliza y serena; desde las flores que matizan los cármenes é infiltran en el alma la idea de lo bello, hasta el impetuoso torrente que infecundiza los campos; de de el mar con sus soberbios columpios de esferves-

centes olas, hasta el arroyo manso que apagó nuestra sed con sus aguas cristalinas; desde las frescas brisas primaverales que juguetearon con nuestros cabellos, hasta las ilusiones que nos adulan y dulcifican nuestros pesares; desde la luz que alumbró nuestros ojos al nacer, hasta la tumba que señala el fin de la existencia; y por último, desde la potente fábrica en que cien máquinas se mueven con fuerza de titán y sus volantes giran sin cesar en precipitadas y fantásticas revoluciones, hasta el altar de Dios en que solo se agita el incensario, cuyo humo se eleva y extiende por las archurosas naves del templo, como las plegarias fervientes de nuestros pechos se extienden por la inmensidad del Universo y se elevan al trono del Creador, en demanda de quietud y consuelo para nuestro agitado espíritu.

Y por esto las glorias de la patria son nuestras glorias y nuestros triunfos sus triunfos, como hacemos propios sus ultrajes y lloramos sus desventuras.

Borrad la idea de patria del pen-

samiento del hombre, y con ella borraréis la historia, antecedentes y familia de ese mismo hombre, que vivirá la vida de un expósito, sin poder invocar nada en el destierro y en la adversidad, ni en la opulencia amar y gozar con el recuerdo de algo más santo y más noble de todo cuanto nos rodea, con el recuerdo santo de la ¡Patria!



LA CUNA

Hoy, en la repugnante borrache-
ra del orgullo y de la imbecilidad
en que vivimos, se fía todo al es-
plendor de la cuna, como si de la
cuna dependiera el valor del hom-
bre.

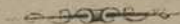
Basta hojear la historia y se verá
que Colón nació y vivió entre tela-
res; que Cervantes fué soldado y co-
brador de impuestos; que Virgilio
nació en una portería; que Fran-
klín era hijo de un jabonero y Ho-
racio de un tendero; que Vasco de
Gama era molinero y Cincinato de-

jó el arado para ser dictador de Roma; que Homero descendía de un ranchero humilde, como Domóstenes de un cuchillero y de un maderero Shakespeare; que Torencio nació en la esclavitud, como en la pobreza Morse; y, por último, que Galileo, Milton, Napoleón I, Moliere, Aster, Stephenson, Lincoln, Comwell y tantos otros hombres ilustres, descendían de oscuros padres.

Y sin embargo de que la cuna humilde está glorificada por el trabajo y el talento, la insensata mayoría se fascina ante la esplendorosa cuna del pergamino, que con sus múltiples vaivenes á penas ha dormido, entre sus sedas y encajes, cerebros que después hayan brillado en el mundo de las ciencias, de las artes, ó de las letras. ¡Solo Adán se inmortalizó por la calidad del nacimiento!

¡Siga, siga la sociedad con el vértigo de vanas grandezas y de brillos mentidos, que nunca podrá borrar la figura de Jesucristo, nacido en un establo y de humilde descen-

dencia, personificación de todas las virtudes y cabeza de todos los talentos!





La libertad

El hombre no conoce la libertad, pero la cree grande y la ama con amor inmenso, con veneración.

Nada de lo que existe es libre, porque al nacer perdió su libertad y quedó sujeto á la esclavitud de la existencia.

Los mundos que pueblan el espacio y en fantástica carrera y en danza maravillosa se precipitan en el infinito, ¡no son libres! ¡Están sujetos, encadenados, por la fuerza de atracción que los contiene!

El mar, tan grande, tan inmenso, tan poderoso, con sus olas en-

crespadas y como monstruo que avanza ligero para devorar la tierra, ¡no es libre! ¡Tiene el valladar infranqueable de esa débil arena, que incansable maltrata con los formidables azotes de sus revueltas é irritadas aguas!

El viento que se agita, se revuelve y se convierte en alud que destruye ciudades y arraza campos, ¡no es libre! ¡Está sugeto á las leyes de la Naturaleza!

El río que con movimiento de serpiente corre por montes, colinas y valles, y por entre flores y peñas, ¡no es libre! ¡Está oprimido por el cauce!

La fiera que vaga dueña y señora del desierto, ¡no es libre! ¡El instinto de conservación no la permite salir de la selva!

El pez que se desliza manso por entre las aguas y escudriña las impenetrables profundidades de los mares, ¡no es libre! ¡Tiene límite eu albedrío, tiene una zona de la cual no puede salir!

El pájaro que vuela del árbol á la flor y de la flor al monte y del

monte al llano, ¡no es libre! ¡Está sujeto al clima y á los medios de su subsistencia!

Pero el hombre, que es el ser más perfecto y principal de la Creación, es menos libre que los mundos, que los mares, que los vientos, que los ríos, que las fieras, que los peces y que los pájaros, porque los pájaros vuelan y cantan á su antojo, y el hombre tiene leyes que sus pasos ata y mordazas que sujetan sus palabras; el pez, dentro de su zona, se desliza caprichosamente de acá para allá, y el hombre dentro de su casa es prisionero de sus hijos, á quienes tiene que dar ejemplo, es prisionero de su familia, á la que tiene que respetar; la fiera irritada, ruge y hambrienta devora, y el hombre irritado, calla, y hambriento, perece; el río no respeta nada ni nadie á su paso, y el hombre se contiene ante el niño inocente y el anciano desvalido, ante el cercano peligro y las conveniencias sociales; el alud destruye y arrasa y se revuelve, y el hombre, teniendo más poder y peores instintos, no puede destruir

lo que quisiera sin arrasar lo que se le opone; el mar, manifiesta lo que siente y sus instintos revela, y el hombre no puede escribir lo que piensa ni decir lo que siente; los mundos en loca carrera se lanzan en el vacío de lo infinito sin tropezar en nada y nunca llegan al fin, y el hombre se lanza á la vida llena de abrojos en los que tropieza y cae, y maltrecho unas veces, feliz las menos, viene la muerte, que es el fin, y concluye y pudre la materia, por la cual han sido todos nuestros afanes y todos nuestros desvelos y vigiliass.

Mas ¿cómo ha de ser libre el hombre, si Dios mismo es esclavo de su obra?



La hipocresía

Madre de la adulación y hermana de la mentira, la hipocresía lo mismo se envuelve entre el suave aliento que dejan escapar unos labios que se contraen por la sonrisa, que se viste con el velo que nublan los ojos al brotar en ellos el llanto; lo mismo se prosterna humilde y sumisa ante el altar ateo, que se yergue furiosa y soberbia contra el irreligioso; lo mismo impera en el catre de la concubina, que en el lecho nupcial de la mujer virtuosa;

lo mismo se adorna con las galas de la caridad, que con las ternuras del amor; lo mismo, en fin, se disfraza con los harapos del mendigo, que con el frac y el guante blanco del aristócrata.

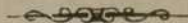
La hipocresía es un tamiz que todos tenemos, por donde las palabras van pasando á medida de nuestra conveniencia, y en cuyas metálicas mallas se van quedando, como inútiles residuos, las frases de la sinceridad y los gritos de la indignación.

La histérica carcajada de un demente, como el angustiado lamento del inferior por las desdichas y fracasos de un superior, caracterizan igualmente á la hipocresía. ¡Tras la carcajada del loco está el lloro triste del espíritu, como tras el lamento del envidioso rebosa un pecho de alegría y placer!

El hipócrita, ni dice lo que siente, ni piensa lo que dice. Ni quiere lo que ama, ni ama lo que quiere. Es un ser en perpétuo divorcio con sí mismo.

La hipocresía, para terminar, es la verdad de la mentira, y por esto

mis-mo, la hipocresía es la sociedad,
porque la sociedad es la verdad de
la mentira humana.





El arte taurino

—¿Qué es la tauromaquia?—me pregunto, y al hojear un libro y al fijarme en un periódico, veo que es —¡Arte!

Y en efecto. ¡Es muy artística y muy ideal una corrida de toros, una lucha á muerte entre hombres y animales!

Veámoslo:

En la candente arena del circo está el torero, esplendoroso, esponjado, huecó, mirando con desdén, sinó con desprecio, á las miles de personas que ocupan la plaza.

El público, necio de sí, lejos de ofenderse con tanto descoco, le admira, más aún, le adora: ¡es su ído-

lo! Pero un ídolo nacido, por lo general, en las últimas capas sociales, cuando no de madre ignorada, educado en el lupanar y en la taberna, y demostrando constantemente con sus groseros ademanes y con sus palabras soeces, la *esmerada* educación que en su pasada y misera infancia recibiera. ¡Es un ídolo, en fin, en perfecta armonía con sus adoradores!

Suena el clarín y sale el toro, que arrogante y fiero, arremete contra el picador que le aguarda. Un momento de lucha, y cae á tierra el caballo con el vientre destrozado por las astas del bicho, que engañado con el trapo corre á embestir de nuevo á otro jinete.

Esto se repite una y otra vez, y el caballo moribundo es levantado y conducido en fuerza de castigo á la lucha, lucha que ni puede sostener ni sostiene, lucha en la que es inmolado indefectiblemente.

Y luego, tras un largo martirio y un ensañamiento cruel de puyazos, banderillas, pinchadas y otros excesos, el toro muere atravesado de una estocada.

Entonces, el público, en el paroxismo de la barbarie, aclama al gladiador, al héroe, á quien otro toro lo voltea y lo mata en presencia de aquellas miles de personas, que impávidas siguen presenciando el espectáculo, como si no tuvieran cerebro para pensar, ni corazón para sentir.

.

Este es el arte taurino, arte especial, que enseña al pueblo á embrutecerse, embotando en su pecho todo sentimiento delicado y noble.





LA USURA

La usura es la vida, porque vivir es morir.

Recurrimos á la usura y la usura nos proporciona elementos de vida; pero cuanto más vivamos de la usura, más pronto pereceremos.

La vida es un capital que hemos recibido con el rédito de la muerte. La muerte concluye con la vida, como la usura concluye con el capital.

La usura vive de la desgracia, como la vida se nutre de la muerte. Sin desdichas no viviría la usura, como sin muerte no habría vida.

Todos somos usureros. El que dá

su capital á préstamo, persigue el rédito; el que protege, persigue el agradecimiento del protegido, ó paga con su protección servicios ya prestados por éste; el que ama á una mujer, persigue, á más de ser amado, disfrutar de sus caricias, cuando no de su fortuna; amamos á nuestros padres, y no hacemos más que pagar parte del cariño que ellos nos profesan; amamos á nuestros hijos más que á nuestros padres, y perseguimos que mañana nos quieran nuestros hijos, á la par que damos á estos la cantidad de amor que le dejamos á deber á nuestros padres.

El usurero insaciable es como el que se une á la mujer por sus riquezas. El primero no disfruta su capital, como el segundo no halla tras las riquezas, la tranquilidad ni la dicha.

La usura la implantó Dios al crear el Universo para recreo de la humanidad, porque Dios exigió á cambio de todas estas bellezas el amor y la veneración del hombre.

Solo que Dios, más perfecto y

menes ambicioso que el hombre,
perdona nuestras deudas y nosotros
no perdonamos las de nuestros deu-
dores.



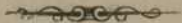


EL AMOR

Ciencia que todos saben y ninguno explica; beso misterioso de dos almas y desvarío que perturba el cerebro; invisible y continúa corriente entre dos corazones; desasociado é inquietud de dos espíritus; grandioso montón de ilusiones y tropel impetuoso de deseos; espesa venda que cubre la vista y anhelo ingénito en todo hombre de prodigar su afecto á persona ó cosa; base de muchos engaños y secuela de muchas locuras; secreto imposible de guardar y serie numerosísima de risibles manifestaciones; imán potente que va acortando más y más la distancia que separa á dos seres,

hasta que los une, y al unirlos estallan aquellos pechos en impetuosos torrentes de locos y dulces transportes sensuales, y, como fatal é inevitable consecuencia, sobreviene el cansancio de nuestra impura materia y la muerte instantánea de todos los idealismos, que, soñando despiertos, acariciamos en nuestra mente, sin dar tregua á que la reflexión los acote y los restrinja.

¡Ese es el amor!





EL CIGARRO

Tanto en la alegría como en el infortunio, el hombre no olvida al cigarro, porque el cigarro constituye un paréntesis necesario lo mismo en las alegrías que en los infortunios del hombre.

Ríe y goza, habla y gesticula, llora y sufre, y es necesario echar mano al cigarro para que la rendida materia descansa y para que el espíritu agitado se serene.

Viendo humear un cigarro, el escritor se inspira y el triste se consuela, el rico se deléita y el pobre descansa de su ruda faena.

El cigarro es en la soledad, com-

pañía; en la desgracia, amigo leal; en la obsesión, sereno consejero; en la orgía, prudente pausa; en sociedad, gran diplomático que auna voluntades y allana escollos.

Entre el humo del cigarro y las ilusiones del hombre, existe una semejanza grandísima.

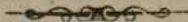
Encendemos un cigarro, y al chuparlo, aspiramos con placer una bocanada de humo, humo que al momento, sin poderlo retener dentro de nosotros mismos, le damos libertad, devolviéndolo al espacio, en el cual se disipa.

¡Así son las ilusiones! Abrigamos una, y el tiempo la desvanece. Pero al momento tenemos otra y otra, como así seguimos aspirando bocanada tras bocanada de humo.

De este modo van transcurriendo los años, ¡siempre chupando el cigarro y siempre lo mismo! ¡Siempre llenos de ilusiones y siempre arrojándolas convertidas en humo! Y desdichado de aquel que en vez de arrojar este humo de la desilusión, lo conserva cuidadoso, porque ese se asfixiará indefectiblemente en la

humareda monstruosa de su vanidad injustificada.

Un anciano decrepito, achacoso, sin lágrimas para llorar, sin sonrisas para reir, al borde del abismo en que la muerte ha de sepultarlo para siempre, ¿qué es sinó una colilla sin aroma del cigarro social, consumido por el tiempo y chupado por el desengaño?





¡DESGRACIADOS!

Causa ignorada hizo germinar en el cerebro de un malvado la idea de destruir su obra, la obra social que Dios le impuso al hombre cuando fué creado.

Y mató, como mata el tigre, sin valor para afrontar las consecuencias, sino con la sagacidad necesaria para el logro de triunfo seguro.

El veneno fué el instrumento, y aquel hombre vió que su mujer é hijos bebían, ¡bebían el vino intoxicado por él.

Y vió más: vió que sus víctimas comenzaban á morir, y sus lamentos desgarradores lo ahuyentaron, le hicieron huir cobardemente.

Muere la madre y un inocente niño, y quedan seis pequeñuelos sumidos en la más terrible de las tristezas, en la tristeza cruel de no poder maldecir al autor de su infortunio, porque es su padre, el autor de sus días, que los gestó para después matarlos, llenando, á la par, su nombre de ignominia.

Pero la caridad bendita ha surgido espontánea y magestuosa, extendiendo su mano protectora hacia esos seres, más desgraciados que la desgracia misma, y ya tendrán pan, ya podrán vivir para que comprendan toda la magnitud de su desdicha, que si el óbolo de la caridad mitiga el hambre y sufraga las más apremiantes necesidades, en cambio no puede dulcificar los pesares del alma, porque lleva en sí la representación del infortunio.





EL HONOR

El honor lo entiende cada cual á su gusto y á medida de sus conveniencias.

El duelista cree que el honor es un pañuelo que cualquiera puede robar ó manchar, y por eso acude al desafío para lavar la mancha ó recuperar la prenda perdida.

El aristócrata cree que el honor es patrimonio suyo, y por eso no puede reparar la falta de la doncella humilde seducida, ni unir su nombre, en añejo pergamino estampado, al nombre de mujer alguna, sin escudo señorial que la distinga y la honre.

El vanidoso poseedor de patente,

que oficialmente acredita su talento, cree que el honor es de varias clases, según á la que en la sociedad ocupe el individuo, y por eso no se desafía con ninguno que carezca de título académico ó moviliario.

Pero el honor, ni es un pañuelo, ni es patrimonio esclusivo de la aristocracia, ni tiene clases de ningún género.

El honor es patrimonio de todos, porque nace con el individuo; pero no se puede perder, porque en perdiéndolo, no se recupera.

El honor es uno é indivisible. Al marcharse, se marcha todo; al perderse, se pierde todo.

El honor, ni nadie nos lo puede robar, ni nadie puede aprovecharse de él.

El individuo, con sus propios actos, es el único que puede perderlo, y al perderlo, es prenda que no sirve para nada á los demás.

El honor, lo mismo puede radicar incólume y puro en la mísera mujer del pueblo, que en la más encopetada dama de la más ilustre prosapia.

Y por último, «dime de lo que presumés y te diré de lo que careces», es un adagio que rara vez deja de cumplirse en las cuestiones de honor.



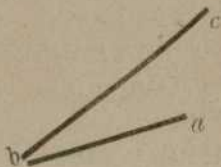


LA MUJER

La mujer es la base de la familia, como el hombre es el puntal que la sostiene contra los rudos embates de los vientos huracanados de la vida.

A la mujer se la puede comparar á un ángulo agudo un poco inclinado hácia su vértice, y cuyos tres puntos extremos señalan el camino que ha de seguir en la Humanidad, el fin para que fué creada.

Veámoslo.



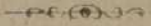
El punto *a* es el punto de partida desde el cual se lleva el corazón lleno de ilusiones y de esperanzas gratas, es la mujer soltera, que con su candor y sus hechizos, muchas veces mentidos, nos deslumbra y atrae con fuerza misteriosa é irresistible, como la mariposa atrae al niño inocente que tras de élla corre deslumbrado por los múltiples colores de sus alas, sin saber ¡ay! que al tocarlas pierden su esplendor, su brillo y su hermosura.

La mujer casada representa el vértice del ángulo, la fuerza de éste, el punto *b*, que es el más bajo y el más grotesco, porque realmente ya ha desaparecido el idealismo del pecho de la mujer. ¡Ha descendido!

El punto *c*, la cúspide del ángulo, lo más elevado, es la mujer madre, cuyo dulce non bre dignifica y sublima á la mujer, á la mujer que ha llegado al fin de su carrera, puesto que desde entonces la madre no vive más que para sus hijos, prodigándoles caricias sin tasa y cuidados sin medida.

Los encantos y atractivos de la

soltera, se ajan y se marchitan con el tiempo, ó en el lecho nupcial, que convierte en vil prosa toda la poesía fascinadora que encierra el alma pura y el rostro cándido de una doncella; pero la madre no pierde nunca y con élla baja al sepulcro, la santa y respetable aureola de la virtud, ganada junto á la cuna, en donde suavemente se mece el pequeño hijo de sus entrañas.





LA ILUSIÓN

No podía faltar al espíritu la bella sirena de la adulación, que tan fascinadora se muestra en sociedad para rendir homenaje al que de algo ha de sernos útil.

Y ese hada encantadora es la ilusión, que se muestra siempre ante el pensamiento flotantes sus blondos cabellos, con la faz rebosando alegría, con su ebúrneo seno mal velado por finísimo tul, con fingida pero alhagadora sonrisa en los labios, y con sus grandes y negros ojos medio ocultos por los párpados, que entreabiertos en graciosa y excitante contracción, nos atrae y nos

hace juguetes de su capricho y esclavos de su belleza.

La ilusión es más democrata y más pródiga y más sabia que su hermana la lisonja.

La ilusión, buceando en nuestro cerebro, adivina y alimenta todas nuestras aspiraciones; desconociendo la negativa, todos nuestros deseos los satisface en el acto, y desechando distinciones, ante todos los hombres se muestra con las mismas galas y atractivos, atractivos y galas, que cada individuo aprecia á medida de la fantasía de su imaginación, por aquello muy cierto de que «unos leen lo que saben y otros saben lo que leen.»

La ilusión es indispensable á la vida, porque la vida es pura ilusión, fantasía toda.

Los actos todos del hombre son hijos del pensamiento y tienden á un fin, que es la ilusión, esa alcahueta del alma.

El que no tiene ilusiones es un suicida del espíritu, porque el espíritu necesita expansiones ilusorias, como el cuerpo necesita comodidades y placeres.

Pero vivir solamente de ilusiones
es morir entre flores y perfumes,
como vivir sin aquéllas es entregar-
se á la más cruel esclavitud, sujeto
á las cadenas del desengaño y fus-
tijado por el látigo de la fatalidad.





EL BAILE

Comienza el wals.

Hombres y mujeres mézclanse con maravillosa espontaneidad, y en estudiado abrazo y en ademán ridículo, las parejas mueven los piés y contonean el cuerpo á compás de la música.

A los pocos momentos la atmósfera se hace irrespirable, los rostros están coloreados y laten con violencia los corazones.

La animación y el bullicio crecen y crecen hasta llegar á su periodo álgido.

Las palabras *galante, favor, justicia, gracias*, se suceden con bastante

frecuencia, porque las pronuncian todos los labios, aún cuando pertenecan á caras que de bellas sólo tengan la belleza del sexo.

Y en la maleante danza y en el infernal movimiento, las mujeres concluyen por dejarse amar y abrazar de todos los hombres, y los hombres terminan por haber amado y abrazado á todas las mujeres.

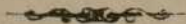
Rendida la materia y agitado el espíritu, los danzantes se retiran á sus viviendas á las altas horas de la madrugada.

La niña inocente no puede dormir. En su oído repercuten frases excitantes; su faz siente los ardores de un aliento varonil que la empañá; su cintura parece aprisionada aún y su mano estrechada por otra mano sudorosa y fuerte; ante sus ojos parece que centellea la mirada viva y abasalladora de su pareja, y siéntese angustiada por algo que no se explica pero que ambiciona saber porque le halaga.

La mujer casada piensa en él adulterio y la viuda cree haber en-

contrado la filosofal piedra del
sustituto.

¡Y la viuda, la casada y la niña,
desde entonces esperan con vehe-
mencia la celebración de otro bai-
le...!





EL DESTINO

•Luchar contra el destino no se puede.
Lo que ha de suceder eso sucede.

Pérez Escribá.

Nada en la vida es fortuito: todo obedece á una misteriosa ley que jamás deja de cumplirse, porque jamás ha podido ni podrá ser burlada por la refinada perfidia del hombre.

Todo ser que nace viene á cumplir un fin, y ese fin es el destino.

Podrá el individuo, por su educación ó temperamento, retardar el hecho á que está predestinado, pero nunca podrá sustraerse á él.

Así, el que ha de concluir en el

patíbulo, indefectiblemente en él perece.

Porque no todos los actos del hombre son hijos de la voluntad, sino de una misteriosa é inexplicable fuerza impulsiva que es el destino.

Inconscientemente ejecutamos actos de esta ó de aquella naturaleza. El ego no es la voluntad la que manda, sino el destino que impulsa.

El niño que nace es como el reloj que sale de fábrica: en ambos se ignoran los defectos de construcción.

El niño obra mal, y se le corrige; el reloj no marcha bien, y se le compone.

Si en ambos estos defectos son de marcha, la obra queda perfeccionada con la reparación; pero, si por el contrario, son de construcción, es inútil cuanto se haga por enmendar la obra.

El niño, mediante las correcciones, retardará el cumplimiento de su destino, como el reloj, mediante las composturas, podrá alargar su regular marcha.

Mas al fin, el niño cumplirá su destino desastroso, como el reloj será arrojado por inservible.

EL VIEJANO





EL VERANO

La Naturaleza, ese cuerpo inmenso del que somos átomos insignificantes, llega al Verano como el hombre queda por un momento después de apetito brutal satisfecho: sudorosa y amodorrada, flácida y triste, embrutecido el cerebro y el corazón palpitante de ardientes emociones.


La Primavera fué la Venus que, con su vaporoso manto de flores y verdura, con su fresco y perfumado aliento, con su faz riante y de hermosura llena, avivó su ansia y agitó su pecho, y enloquecida por tanta belleza, la estrechó entre sus brazos con salvaje ternura, para caer

rendida y serenarse un poco en el lecho nupcial del Verano.

Y por esto se apodera del hombre esa laxitud y esa inactividad características del estío, y por esto las flores se marchitan y las plantas languidecen, y el aire parece flamígero vaho de titán que escalda la piel y seca las verduras.

Mas nada existe que fotografíe mejor al verano que la mujer al bañarse, pues entonces la mujer se despoja del pudor y aparece en amplio traje, que realza su belleza y que al sumergirse, como ideal ondina, en el mar, burbugean en derredor suyo las azuladas aguas, como si besaran apasionadas el cuerpo delicado de nuestras compañeras.

Porque el verano, como la mujer, aparece despecheretado, casi desnudo, y al evaporar con su calor las aguas, también se baña en gaseosa nube, y con su tibia humedad refresca su ardiente piel y sus pulmones calcinados.



La bestia humana

Eran dichosos: él adoraba á su mujer; ésta quería entrañablemente á su marido: los dos vivían para amarse.

Un niño, rubio como las mieses de nuestros campos, de nítida blancura y de sonrosado rostro, con caricias de hada y sonrisas de ángel, hacía las delicias de sus padres y aumentaba la felicidad, la dicha de aquel hogar riante, en cuyo horizonte, despejado y bello, jamás se había eclipsado el astro de la ventura.

Bastardo amor, deseo lascivo, agitó el pecho y perturbó el cerebro de un infiel amigo de la casa.

Suplicó primero, ofreció después, y amenazó por último; pero todo fué en vano ante la resistencia varonil de aquel pecho femenino, morada del bien y de la virtud y templado al calor de las buenas costumbres.

Apeló, despechado, á la calumnia, y nubló la felicidad del hogar donde siempre fué recibido con dulzura.

Pero no quedó satisfecha su soberbia satánica, y pensó en el crimen, y mató, ingresando á poco en el manicomio aquella mujer de varonil entereza y de virtud acrisolada, falta de razón y de epiléptica sonrisa dibujada siempre en sus labios, como expresión de su dolor cruentísimo.

Y el niño, rubio como las mieses y de nítida blancura y de sonrosado rostro, quedó abandonado y vagó triste y errante por el mundo, sin los cuidados ni caricias de su madre, y en sus retinas retratada constantemente la horrible escena del sangriento crimen, en que su padre desempeñó el triste papel de desgraciada víctima.

Entonces, el asesino gozó con su venganza, pues que su corazón no oyó nunca el requerimiento de su conciencia, ni aún para dirigir una mirada, para dedicar un pensamiento á sus hijos abandonados y engendrados por él en impúdica barraganía.

Ahí teneis un retrato acabado de un hombre, almacén de mal y máquina agitada por todas las pasiones y por todos vicios.

Rompamos las leyes sociales que enfrenan al individuo, y muchos verán su imagen en estas líneas.

— () —



EL BEODO

Vedle: su paso es incierto, su aliento es nauseabundo y su verbosidad estúpida y torpe; su mirada es vaga y sus retinas no aprecian con exactitud los objetos; su cuerpo va rodeado de algo así como una espesa y muelle atmósfera que le sostiene en pié, y que si cae á tierra le libra de mortal golpe; en su cerebro no bulle ninguna idea, ni en su corazón late ningún sentimiento. Es una máquina humana que marcha sin graduador, es un montón de carne, que por no blasfemar, me abstengo de decir que no tiene alma en aquel momento.

En los umbrales de la taberna pisoteó su dignidad, manchándola con los babosos salibazos del borracho y saturándola con las emanaciones pestilentes de aquel antro del vicio.

Allí gastó hasta el último céntimo de su mezquino jornal, privando á su numerosa familia del sustento y arrancando á los ojos de sus pequeños hijos, lágrimas tan conmovedoras y amargas, como son las lágrimas producidas por el desfallecimiento, por el hambre.

Y allí también, en la taberna, se gestó la causa que más tarde había de tener los terribles efectos del crimen, y como fatal consecuencia, el luto y la desolación de dos hogares.





El periodista

De todo tiene que entender, porque en todo tiene que dar su opinión.

Sus escritos rebosan patriotismo y desinterés, y en todos ellos campea un hermoso espíritu de justicia y rectitud. Juzgando al periodista por sus producciones, parecen ángeles enviados por Dios á la tierra, limpios de toda mancha y exentos de toda pasión, para que prediquen las buenas costumbres y proclamen las virtudes todas. Mas si aplaude, lo creen vendido; si censura, dícese que busca el *chantaje*; si deja de aplaudir ó censurar, se queda sin

lectores y le llaman tonto; si en la revista de teatros llama á una triple simpática y á otra mona, la mona y la simpática se disgustan porque los dos adjetivos los hubieran querido; si al dar cuenta de los concurrentes á un entierro ó funeral aparece el nombre de D. Fulano después que el de D. Perengano, disgusto al canto; si al reseñar el baile de las de Gómez se le olvida decir que la señorita Catalina iba vestida á la *Pompadour*, ¡santo cielo! la madre, la niña, el padre y el gato de la casa se preparan á arañarlo; y, en fin, que jamás acierta y siempre pesa sobre él la amenaza.

No hay reyertas, crímenes, ni robos, y ya está el periodista agobiado ante las blancas cuartillas que tiene que llenar forzosamente y no sabe de qué.

Entonces, inventa extravagantes pasajes ocurridos en China, crímenes horribles acaecidos en París, excentricidades sorprendentes de los hijos de la *pérfida* Albión, habla de la prosperidad del ganado de cerda en la América del Norte, pondera este ó

aquel descubrimiento arqueológico verificado en Roma, y así sucesivamente relata fantásticas leyendas, cuyas escenas se desarrollaron en Roma, Alemania y Pekín.

Y por último, el periodista protesta de tiranías y ensalza las libertades, sin duda porque es prisionero del periódico y esclavo del público, por el cual miente y trabaja sin descanso ni recompensa debida.



LA MENTIRA

La mentira es la maldición que sobre el hombre pesa, porque la mentira es la blasfemia que palpita siempre en los labios del hombre. ¡Con él vive y con él morirá!

Mientras tanto, la mentira la hallaremos en nuestro camino, pasará ante nuestra vista y zumbará en nuestros oídos.

La mentira con rivetes de verdad, la llamamos sofisma; disfrazada de hermosura, ilusión; perfumada por la galantería, lisonja; cubierta con el manto de la caridad, virtud; diluida en el juramento apasionado, amor; animada de recto y justiciero

espíritu, imparcialidad; y, en fin, adornada con elegantes y diplomáticas palabras, distinción y finura.

Cuando el Creador dió un suspiro que repercutió en el caos y se formó el cielo, y tosió y nació la tierra, y pensó y brilló la luz; cuando alzó una mano y evaporó las nubes, y derramó una lágrima y bramó el Océano, y tendió su manto y brotaron plantas y árboles; cuando fijó sus ojos y ardió el sol, y sonrió y apareció la luna, y se escapó un destello de su inteligencia y bordaron el espacio las estrellas; cuando mandó y á su mando se pobló el mar de peces, la tierra de animales y los aires de aves, entonces no existía la mentira: ¡todo era el imperio de la verdad!

Pero Dios quiso coronar su obra, y exhaló un aliento y se formó el hombre, y al nacer el hombre nació la mentira.

¡Desde entonces, la mentira preside al Universo!



EL ORO

Adjetivamos al oro, ya anatema-
tizándolo ó ya ensalzando su gran-
deza y su poder, y al hacerlo, no
reflexionamos que es un extravío de
nuestra inteligencia.

El oro ni es vil ni es santo, ni es
bueno ni es malo. Quien lo hace
digno, al parecer, de la alabanza ó
del anatema popular, es el hombre.

La moneda de oro que sirve para
arrancar de la frente de doncella
pura y casta la corona de la virtud
ó para perturbar la paz de la fami-
lia, ultrajando con el adulterio el
nombre del marido, llamámosla ruin

y miserable, cuando la ruindad y la vileza no existe en la moneda, sino en la conciencia maldita del hombre que con tal objeto la ofrece.

La moneda de oro que sirve para mitigar el hambre de débiles é infelices niños, para cuidar al enfermo abandonado, para darla en nombre de la caridad cristiana á quien invocándola la pide, decimos que es noble y santa, cuando esa moneda no es más que el medio de que se vale un alma saturada por los efluvios de los más tiernos sentimientos del ser humano, para prodigar el bien, enjugando lágrimas y mitigando pesares.

El oro que proporciona grandezas para humillar al débil, para ofender con su brillo la modestia y para que á manera de prensa hidráulica esprima al pobre, lo escarnecemos, sin tener en cuenta que ese mismo oro proporciona también otras grandezas, que son escudo que ampara al desvalido, personificación viviente de la modestia, sostén de muchos hogares y baluarte de la caridad.

El oro, en fin, no es culpable de

los daños infinitos que produce, como el puñal tampoco es culpable de que la mano del asesino lo hunda en la espalda de la víctima.





EL OTOÑO

¡Qué triste es!

A sus primeras nevadas enferman las flores y pálidas y marchitas, lánguidas y sin aroma, aguardan desfallecidas el viento huracanado que desgaje su débil tronco y disemine sus pétalos de seda, que arranque su último aliento perfumado y trueque su belleza por la fealdad de la muerte.

Los árboles se desnudan del bello ropaje de sus hojas, y dejan al descubierto todas las deformidades de su cuerpo; la lluvia torrencial graba su huella de desolación y ruina, y en todo imprime el Otoño un sello

de melancolía y mancha con su tinte de tristeza los más alegres y risueños panoramas.

El Otoño es el moribundo que á temprana edad espera la muerte, precipitada por el exceso de placeres y orgías en sus primeros años.





La sinceridad

Una de las pocas cualidades que nacen con el individuo, es la sinceridad, y, por consiguiente, la sinceridad es patrimonio del hombre,

Mas por esto mismo el hombre no es sincero.

Apenas habla el niño, oculta la sinceridad con el mismo temor que el salteador oculta los depojos de su presa.

Pero fijaos en un ser pequeño envuelto aún en pañales y cuyo lenguaje sean los gritos, y vereis qué sincero es.

Le tomáis en vuestros brazos, él

os mira, y si no sois de su agrado. os vuelve el rostro con desprecio y á vuestras caricias responde con un llanto de ira y con un *pataleo* de indignación.

Mas de vuestras manos pasa á los brazos de su madre ó á los de persona para el niño grata, y su indignación, su ira y su desprecio, se trocarán instantáneamente en una alegre sonrisa que inunda de hermosura su rostro angelical.

Enseñadle un objeto ó manjar que le alhague, y vereis con qué franqueza se apodera de él.

Pero esta sinceridad el niño comienza á ocultarla tan pronto como comienza á hablar.

Entonces se le pregunta á quiénes de sus padres quiere más, y con picarezca intención contesta no preteriendo á ninguno, á pesar de que la madre es por lo general preferida.

Mas ¿podemos ser sinceros?

¡Si así fuera, estaríamos en perpétua discordia y en anárquico divorcio, en lucha fratricida y en in-

fernal guerra, en la que la humanidad entera hallaría su tumba, coronada por el odio y la venganza!

EL BESO





EL BESO

El beso es la manifestación más delicada del amor, y el amor el principio y la base de la vida, porque la vida no es más que una serie no interrumpida de correspondencias y simpatías entre sí de seres y cosas.

El mar besa amoroso la playa, y sus arenas al sentir el contacto suave de las mansas olas, avanzan hacia él para que el beso se prolongue.

La brisa, besa á la flor y al besarla, la flor se inclina risueña y lanza un tierno suspiro que perfuma el ambiente.

El pájaro, con picar alegre y amoroso, une el pico al de su compañe-

ra, las dos avecillas agítan convulsas sus alas y redoblan sus trinos y arpegios.

La palmera envia á la prenda de su amor el beso de su aliento, que la hace fructificar y embellecer.

El arroyuelo besa á las plantas que festonean caprichosamente sus bordes, y con su afónico murmullo les canta dulces y amorosas endechas, beso y endechas que, sin duda para oír mejor unas y hacer interminable el otro, el césped inclina su frente hasta rozar con ella la blanda superficie de las aguas que incesantes se deslizan por el cauce.

La primavera es un beso de la naturaleza, como la poesía es un beso del pensamiento.

Besamos el pié de imagen sagrada, y ese beso inunda de religioso placer el espíritu.

Besa la madre el hijo querido que en su regazo duerme, y ese beso infiltra en el niño vida y amor.

Besamos el anillo episcopal ó la mano de un sacerdote, y ese beso nos enseña á respetar y á ser humildes.

Besamos á la mujer amada, con ese beso que la ilusión nos hace aspirar con deléite embriagándonos en su aroma sin olor, y ese beso excita y espolea nuestro ardiente deseo.

Bésanse las mujeres, y ese beso constituye un acto de cortesía en desuso.

Besamos al niño del amigo, y ese beso llena de regocijo al padre.

Besamos al moribundo, y en ese beso quisiéramos darle parte de nuestra vida.

Besamos la mujer liviana, y ese beso apenas hace mella en nuestro ánimo.

Besamos el cadáver del ser amado, y ese beso nos consuela.

Mas el beso al cadáver no tiene correspondencia; el beso de mujer liviana, mancha; el beso al moribundo, va en alas de la muerte; el beso al niño del amigo, es una adulación; el beso entre las mujeres, es insípido; el beso á la mujer amada, asfixia su castidad y quema las alas de su pureza; el beso al anillo episcopal ó á la mano del sacerdote, es infantil

satisfacción y medio fácil de progagar enfermedades contagiosas; el beso de la madre al hijo, es producto de su sagrado egoísmo; el beso á imagen sagrada, es fanática manifestación; el beso del pensamiento es atrevido y el de la Naturaleza desahogo; el beso del arroyuelo, es humillante; el beso del pájaro y el de la palmera, son lujuriosos é impuros; el beso de la brisa á la flor, roba á ésta su perfume; el beso del mar á la playa, es el beso de titán encadenado por el débil, es el beso de la maldad cubierta por el manto de la hipocresía.

Sólo hay un beso más puro y superior á todos esos besos.

Un beso que ni humilla, ni mancha, ni roba; es el beso que la gratitud del desvalido estampa en la mano del hombre generoso.

¡Ese beso lo recibe Dios, y repercute por todos los ámbitos del mundo en aras de la caridad y de la gratitud unidas!



UNA CITA

La noche era fría y solitaria y sobre la ciudad caía constante finísima lluvia.

El silencio majestuoso de población que duerme, sólo era interrumpido por los perezosos pasos del borracho trasnochador que se bambolea sobre sus plantas, como débil caña mecida por el viento, ó por el vibrante sonido de la campana del reloj que marca matemáticamente la hora que transcurre.

Un galán, emocionado, ávido de conseguir su deseado objeto, con paso acelerado, pero silencioso, cruza la calle y á su fin se detiene.

Una joven, en quien encarnada la belleza misma, entreabre cautelosamente una ventana y al momento vuelve á cerrarla con las mismas precauciones, murmurando para sí:

—¡Es él!

Ella, cual si sus menudos piés fueran apoyándose en el vacío, bajó temblorosa y agitada y con mágico silencio franqueó la puerta al galán.

La escena fué muda: dos corazones que laten con violencia, dos manos que nerviosas se juntan, dos cerebros que conciben el mismo pensamiento, dos cuerpos que se funden en uno, dos alientos que se agitan...

.
Y, por último, una mujer que comienza á sufrir y á llorar con amargura y un hombre que pierde su libertad y contempla aterrado su extravío.



LA FÉ

¡Qué hermosa es la fé!

¡Con ella borramos las dudas que nos atormentan y mitigamos nuestros dolores, y á la adversidad y á la desgracia hacemos frente, confiando en el mañana más venturoso!

Quien no tiene fé no puede vivir y se suicida; es un mónstruo que lo niega todo en absoluto: virtud y honradez, lealtad y amor, sin tener en cuenta que al negar la virtud, ultraja á su madre, al negar la honradez, se confiesa bandido; al negar la lealtad, es un ingrato; y al negar el amor, blasfema horriblemente, porque niega á Dios y se niega asi-

mismo, buscando en el cañón de una pistola el relámpago de luz que disipe las espesas sombras que le rodean y que su propio excepticismo le han creado.

Sin fé no puede haber confianza, y sin confianza no puede existir la tranquilidad, y sin tranquilidad no hay dicha, paz, ni ventura.

¡Fé, bendita seas! ¡Yo te saludo!





La inmoralidad

¡Triste, tristísimo, es el espectáculo que á diario y en todo momento se ofrece á la vista de los pueblos, con el vergonzoso alarde que viene haciendo la inmoralidad y el vicio, más crecientes cada día y cada día revistiendo caracteres más graves!

Por los sitios más céntricos de las poblaciones transitan á todas horas carruajes llenos de mozalvetes incultos y de impúdicas ramera, que en el periodo álguido de la embriaguez cantan, gritan, gesticulan y en pos de sí llevan el escándalo y la repug-

te esfinge de la corrupción, de la crápula, sin que desgraciadamente, nadie evite estas manifestaciones que ultrajan á la moral y menoscaban el buen nombre de toda nación.

A diario también se lee en la prensa la noticia del empleado que falsifica, del Alcalde que roba, del Ministro que se enriquece, y después se sabe ¡que el Ministro disfruta tranquilamente sus riquezas, por indignos medios conseguidas; que el Alcalde en fuerza de robar se hizo cacique y á capricho manda y gobierna; que el empleado no fué á presidio, pero sí ascendido en su cargo y prosigue en su labor lucrativa!

Estas noticias de la ley burlada y de la inmoralidad reinante, del pillo en auge y de la honradez calificada de tontería; y esos vehiculos, ó mejor dicho, esos lupanares movibles, forman la ola negra que á su paso va raborizando á las damas virtuosas, é infiltrando el ponzoñoso virus del vicio y de la inmoralidad en los impresionables corazones de la infancia, de la infan-

cia que debemos educar en los más sanos principios, si mañana queremos que la sociedad no sea una sociedad más decrepita y más abyecta que la nuestra, sino una sociedad viril, llena de provechosa savia, que haga retoñar los marchitos tallos de las buenas costumbres y levante á nuestro pueblo de la postración en que se halla, agobiado por el cáncer social que lo devora.

¿Y no habrá quien atage esa ola negra que nos mancha y nos ahoga en su cieno?





El remordimiento

Hay algo más terrible que la desesperación: el remordimiento, esa nauseabunda sentina del espíritu, formada por los virulentos y corrosivos residuos de nuestras acciones vituperables.

En el fondo de nuestro pecho existe un vacío, una concavidad, un hueco, destinado por la maldad y el egoísmo en depósito de las ternuras del corazón y de las noblezas del alma.

Y allí, en esa cloaca, tapada por todas las pasiones y por los vicios todos, se van fermentando noble-

zas y ternuras hasta convertirse en hiel, en hiel tan amarga, que por sí sola es capaz de acibarar toda una existencia de venturas y placeres.

Mientras no se llena el hueco del remordimiento, el malvado no siente el dolor del crimen ni conoce la tortura de ajena y cruenta desgracia.

Pero llega un momento en que la naturaleza humana sufre brusca sacudida, más violenta cuanto más ignorada y más dolorosa cuanto menos sensible, y entonces el aguijón del infortunio taladra el corazón endurecido del individuo, entregándolo á suplicios inauditos y á horribles torturas.

Porque el remordimiento, testigo de nuestros actos y futuro vengador de nuestros agravios, es tanto más cruel en el castigo y más implacable en la acusación, cuanto mayor y más grande es el dolor y el arrepentimiento.

¡Dichoso el que muere sin que el remordimiento horade su conciencia y triture su corazón, porque ese,

muy raro para desdicha de la Humanidad, perderá la vida en un hermoso oasis, formado por las sublimidades de la honradez y por los gloriosos cánticos de la virtud!





LA PAZ

«Gloria in excelsis
Deo et in terra pax
hominibus bone bo-
luntatis.»

¡Qué mundo de hermosura en-
cierran estas palabras angélicas!

Sin paz se arruinan las naciones;
se paraliza el progreso; se ofende á
la Humanidad; se sacrifica la juven-
tud; lloran las madres; se prostitu-
yen las mujeres; los niños inocentes
quedan huérfanos y desamparados,
y por todas partes impera el luto
y la miseria, el hambre y la desola-
ción.

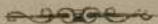
La paz no produce héroes, pero
tampoco sacrifica mártires.

La gloria de la vida es la paz, porque la paz es la dulce esencia con que Dios perfumó el alma del hombre.

El hogar doméstico donde la paz no existe, es como la máquina sin graduador, como el bruto sin freno, como la caldera sin válvula, como la noche tempestuosa y lúgubre en que el ronco trueno de la maldición, sustituye á la tierna frase dictada por corazón enamorado; en que el suave aliento de tranquilo pecho, háse trocado en rudo vendabal de pasiones exaltadas; en que la diafanidad del cielo bordado por las estrellas del placer y la ventura, de la esperanza y la ilusión, aparece cubierta por las negras nubes de la duda ó del hastío, del desengaño ó del coraje; en que, por último, el rayo de la indignación que mata y destruye, ocupa el lugar hermoso y risueño del beso apasionado.

Si todos los millones malgastados en infernales máquinas de guerra, se hubieran empleado en el cultivo de las inteligencias y de los

campos, y se proclamara una autonomía universal, borrándose todas las fronteras y todas las nacionalidades, y una ley á la que todos los individuos acataran, sería entonces el hombre digno de sí mismo y la tierra bello reflejo de la residencia de Dios.





La conciencia

La verdadera residencia del alma, el alma misma, es la conciencia.

El alma es un aliento de Dios, y por esto Dios tiene un representante en la conciencia del hombre y por esto también la conciencia es lo único puro é incorruptible del ser humano.

Los sentidos y virtudes no son más que ventanas del palacio en que habita el alma.

Podrá cerrarse el postigo del sentimiento noble y convertirse el hombre en inhumano y cruel; pero la conciencia no pierde su bondad. Protesta indignada de que se la prive de mirador tan estimable, y se

esfuerza por romper el tabique que la incomunica y la recluye, hasta que se convence de la inutilidad de sus esfuerzos, y entonces gime y lloray al llorar y gemir, llora y gime Dios mismo, para oradar con sus lágrimas los cimientos de aquella obra infernal, deforme engendro de la maldad y el pecado.

Podrá el loco perder el juicio, el vicioso la dignidad, el calumniador la compasión; pero la conciencia no se pierde, ni se corrompe, ni se mancha. Prosigue su obra regeneradora y jamás es cómplice de nuestras faltas, ni jamás aplaude lo censurable y lo injusto. Y por esto, lo que la conciencia reprueba, Dios castiga.

Todos los actos de la vida y todos los pensamientos del hombre los sabe Dios, porque la conciencia nos acompaña á todas partes y vigila incansable nuestro cerebro.

La conciencia no cesa de predicar el bien y la justicia. En unos con la voz enérgica de mando; en otros, en los seres abyectos y miserables, con el eco triste de un lamento.

La conciencia rinde cuentas ante Dios, porque Dios le entregó la gobernación del hombre, y tiene que responder de todos sus actos, como el administrador responde de los bienes confiados á su custodia.

Y por la conciencia, en fin, es por lo que en el individuo no se aparta nunca la idea de Dios.





LA GRATITUD Y LA PERVERSIDAD

Quien no siente en su pocho el noble sentimiento de la gratitud, es un perverso, porque la perversidad y la gratitud sólo tienen un lugar en el corazón del hombre.

Ocupado ese lugar por la una, la otra queda, fuera; pero en constante lucha con su adversaria.

La gratitud y la perversidad son dos sentimientos innatos y antitéticos que jamás se vencen entre sí, y que siendo de igual potencia, de fuerza igual, ni se destruyen ni se repelen.

La gratitud dignifica y suaviza el

corazón del hombre, como la mano del curtidor suaviza y eleva el valor de la mugrienta y ensangrentada piel.

La perversidad atrofía y encallece la nobleza del ser humano, como el cierzo helado petrifica las blandas aguas de sereno arroyo.

La gratitud enternece al individuo y en él engendra el amor; la perversidad enseña á aborrecer y tiene por hermana la fría indite-rencia ante las mayores amarguras.

Al que es ingrato la sociedad lo desprecia, no le guarda consideraciones de ningún género, ni le brinda su amistad, al no admitirlo en su seno; pues si Dios nos ordena pagar un mal con un bien, faltamos á su mandato por nuestra original imperfección, y cumplimos la ignorada ley de que ningún autor, incluso el Ser Supremo, puede llevar á cabo, puede hacer ni construir, ninguna obra tan perfecta como la representada por el autor mismo.





EL ODIO

¿Qué es el odio?

Podemos decir que el odio es la parte salvaje de todo ser entregada al desenfreno y excitada por la pasión.

La soberbia humillada y la impotencia revolviéndose contra su misma insignificancia, buscaron como protectora á la envidia, y ésta á su vez, y como ruín vengador, engendró el odio miserable.

Mas el odio, probando toda la maldad que en sí lleva, produce más estragos en quien lo siente que en la persona odiada.

¡Por que el fuego del odio es tan intenso, que calcina cuanto toca;

por que es tan corrosivo que cance-
riza hasta el corazón que le presta
albergue!

Y de aquí que el odio comience
por embrutecer al individuo que lo
alimenta y por matar el amor, base
de todos los sentimientos nobles del
hombre.

Odiar es aniquilar, matar, des-
truir.

Quien odia, destruye, aniquila ó
mata, ya sea de obra ó confiando á
la mano del tiempo la ejecución de
sus intenciones aviesas.

En el primer caso, es un malvado;
en el segundo, un cobarde.

Pero es preferible el salvajismo
del primero, á la maldad refinada del
segundo.

¡Cuando el corazón manda, el bra-
zo debe obedecer!



EL JUEGO

Uno de los vicios que más estragos proporciona al hogar, más víctimas al suicidio y más prosélitos al crimen, son los juegos de azar, tan familiarizados, por desgracia, con las sociedades modernas.

Ante el tapete verde, iluminado por viva luz, aprisionada por pantalla esmerilada que enfoca sus rayos sobre el puñado de monedas con que el banquero excita la ambición de los que apiñados le rodean, el individuo comienza perdiendo su buen nombre, la serenidad de espíritu después, para concluir más tarde,

tras breves instantes de ansiedad cruel, de inmensa zozobra y conteniendo la respiración de su pecho agitado, dejándose allí el porvenir de sus hijos, el mezquino producto de inmenso trabajo, ó el dinero ajeno, que la ajena confianza depositó en él con la sola garantía de su honradez, hasta aquel momento acrisolada.

Entonces, cuando no tiene quien allí mismo le preste cantidad alguna con que en su aturdimiento cree recuperar lo perdido, abandonamiento la casa de juego, deja de aspirar aquella atmósfera corrompida y maleante, y al salir á la calle, parece que se afixia con el aire puro de la madrugada.

En aquel momento sólo quedan: unos pequeñuelos sin patrimonio ó que desfallecen de hambre; una mujer que desolada llora los extravíos de su esposo; un amigo que lanza el infamante estigma de ladrón sobre la frente del jefe de una familia, y por último, un hombre que enloquecido por la realidad avasalladora, busca en la muerte

solución satisfactoria al difícil problema que le planteara el maldecido juego, sin tener en cuenta, en su brutal egoísmo, que sólo él se sustrae á las consecuencias fatales del deshonor y de la miseria, miseria y deshonor legados á sus descendientes, como última prueba de su mal entendido amor filial.





EL INVIERNO

El año toca á su fin, y la Naturaleza, siempre decrépita y siempre joven, siente un intenso escalofrío que nos hace temblar y acobardados nos arrincona á la lumbre, á cuyo calor se desentumecen nuestros ataridos miembros.

Las distintas fases porque la Naturaleza atraviesa durante el periodo de un año, son las mismas que el hombre experimenta en la sociedad.

El hombre sufre el escalofrío del desaire, el hielo del abandono y la nevizca de la indiferencia, como también experimenta las brisas pri-

maverales de la lisonja y los ardores de la humillación y de la vergüenza.

Pero el hombre contempla impasible la muerte de un año, y la Naturaleza, siendo más grande y más fuerte, y cuyo fin es problemático, brama y se irrita, y acompaña la agonía del año con todos los furores de su poder incontrastable, como prueba brutal de las energías que aún le quedan.

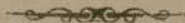
¡Y es que en medio de nuestro egoismo, lo único grande é incommensurable del ser humano, no sentimos estímulos en el ocaso de la vida, sin duda porque no hemos de disfrutar el producto de nuestros afanes!

Mas al obrar así, olvidamos que quien menos trabaja, quien menos hace, quien más se cuida, menos vive y menos disfruta, porque la vida sería molesta carga si el espíritu no sufriera los reveses de la adversidad y las ansias de la próxima ventura, como la Naturaleza carecería de galas y atractivos si no tuviera esas manifestaciones salvajes del invier-

no y esos mimos suaves y tiernos de la primavera.

¡Quién sabe si el día en que la Naturaleza se viera envejecida, en vez de amilanarse como nosotros, fuera tal la demostración de su virilidad, que el Universo entero se desquiciaría triturado en mil pedazos en los abismos infinitos de la nada!

Y si así no fuera, la Naturaleza sería indigna del disfrute de su vida esplendorosa.





EL NIÑO

El niño es una hoja de papel en blanco, en que la mano del tiempo va escribiendo automáticamente los accidentes de la vida.

Entre el niño y el fonógrafo existe una grande semejanza.

Este, al ponerse en marcha, repite lo que conserva en su metálico cerebro; aquel, en el desenvolvimiento de la vida, ejecuta todos los actos que el destino le marcó.

Cada niño que nace es un sér arrancado á la nada por la Divinidad, y por la Divinidad castigado al horrible suplicio de la vida.

Cada niño que muere es un ángel más que sube á las alturas y una inteligencia menos para llegar al conocimiento exacto del Universo.

El niño debe su vida material á la casualidad del satisfecho deseo correspondido, ¡que el hombre hasta en sus placeres obligatorios á su fin, no proporciona más que desdichas, ni produce más que mártires!

Pero el niño con sus sonrisas y sus gritos, con sus travesuras y su candor, constituye el único recreo de la Humanidad, sin el cual la Humanidad sería un cementerio y la vida una capilla mortuoria, adornada con los negros paños de la desilusión é iluminada por la triste luz del desengaño, y en la que se hallaría el ataúd de la vejez conteniendo el cadáver del pasado, que es lo único grato de la existencia.



La esperanza

La esperanza es un idolo que necesita pedestal, y por esto la esperanza no puede existir sin un fundamento cualesquiera que la sirva de base.

Pero la esperanza es tan indispensable á la vida, que si no existe ese pedestal, esa base, ese cimiento, lo inventa el hombre, porque el hombre necesita el concurso de la esperanza, unas veces como consolador bálsamo, y otras como tónico vivificador que reanime el agotamiento de sus energías.

Podremos, en fuerza de desenga-

ños y contrariedades, perder toda ilusión; pero nunca dejamos de tener aún cuando no sea más que un resto exiguo de esperanza, línea divisoria entre el infortunio y la desesperación.

La esperanza es al individuo lo que al náufrago la cercana playa.

Sin esperanza el individuo se entregaría á la locura de acrecentar su desdicha, al no atajarla, como sin playa cercana el náufrago se rendiría á la impotencia, sin realizar antes un supremo exfuerzo, por carecer del aguijón poderoso de la próxima orilla.

Lo mismo al borde de la tumba que en los tenebrosos y laberínticos senderos de la desgracia y de la miseria, la esperanza desempeña un papel importantísimo en la vida humana.

La esperanza sirve de freno que contiene la peligrosa y natural exaltación de todo ser mísero y hambriento, que sin ella se lanzaría al pillaje y al crimen, como sin ella el enfermo tendría el suplicio inaudito de aguardar y presenciar la lle-

gada de su muerte irremediable,
¡que cuanto más es sabida y más en
ella se medita, mayor es la tortura
y más horrible su presencia!





¡NIEVE!

Cuando la nieve desciende en pequeños copos, semejantes al desplume de gigantesca ave colocada en el espacio, y corona la ciudad con puro turbante de nitida blancura; cuando el viento huracanado ruge, con rugito de fiera irritada, y levanta en su desenfrenada carrera oleadas de polvo y arranca gemidos lastimeros á las maderas de las ventanas y balcones; de nuestras viviendas; cuando el termómetro desciende á grado; bajo cero, justificando oficialmente el frío intenso que nos obliga á arrebujarnos en nuestros abrigos y acercarnos más

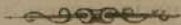
y más á la chimenea en donde flama alegre la rojiza llama, entonces acude á nuestra imaginación, mortificando y abatiendo nuestro espíritu, el recuerdo de esos desdichados niños, que, lanzados al arroyo desde que nacieron, carecen de familia, de hogar, de pan, y hasta de ropas que pongan á cubierto sus débiles miembros de la flagelación cruel de la nevizca y el vendabal.

Entonces, repetimos, se presenta á nuestra vista, como misteriosa visión, el cuadro tristísimo del hogar desmantelado y frío del sufrido obrero, condenado á paralización forzosa y rodeado de su numerosa familia, y donde incesante resuena la voz de pequeños seres que piden pan para mitigar el hambre que los devora, los sollozos de una madre angustiada que eleva hácia el cielo sus ojos hinchados por el llanto y los roncosp suspiros de un hombre, que al suspirar no suspira, sino que ruge y maldice.

¡Pero la sociedad, inmenso bloque de hielo, no ve á los niños del arroyo, ni á los hijos del obrero, ni es-

cucha el lamento de una madre, ni la maldición de un hombre!

¡Y estos hombres, y estos niños, y estas madres, perecen, quedan yertos, por el frío intenso de la nieve y por el frío glacial de la indiferencia humana!





LA PRENSA

Cerrad los ojos á la realidad y dibujad en vuestra menté una Venus tan bella é ideal, tan seductora y cariñosa, como vuestra fantasía pueda soñarla, y entonces vereis la verdadera imagen de la hembra llamada prensa, siempre amorosa y siempre burlada, y cuyos halagos, mimos y sonrisas, son á la postre pagados con desdenes, injurias y deshonras.

Todos buscan á la prensa cuando ambicionan popularidad, glorias, triunfos y méritos, porque el brillo de la prensa es tan esplendoroso, que los cuerpos opacos se convier-

ten en faros luminosos á su alrededor; su aplauso es tan potente, que repercute por todos los ámbitos del mundo; su poder es tanto, que se rinde la opinión á su influjo, y á su impulso suben, suben y se elevan hombres que sin su concurso permanecerían revueltos en el montón anónimo de la indiferencia social.

Mas cuando esos hombres llegan á escalar las alturas de la política, de las ciencias, de las artes, de la industria ó del comercio, entonces la prensa es calificada por ellos mismos de liviana mujerzuela, que entrega su cuerpo y vende sus arrullos al primero que al azar los solicita, sin duda como providencial castigo, por llorar más la ajena desgracia que el infortunio propio; por realzar el dudoso mérito del desconocido al mérito verdadero del de casa; por cuidar más de la hacienda del vecino que de la heredad poseída; por clamar contra todas las tiranías y contra todas las injusticias, mientras el periodista no logra posición ni gloria, libertad ni descanso, paz ni ventura.

Y es que la prensa, ¡como mujer al fin!, tiene el grave defecto de la vanidad, y por esto se entrega al que la adula y le parece verdad la hipocresía y justicia la lisonja.





LA ENVIDIA

Hermana celosa de la ambición, la envidia es sólo patrimonio de los pequeños y compañera inseparable de la impotencia y de la imbecilidad.

Ser envidiado, equivale á ser admirado; ser envidioso, equivale á ser inferior, pequeño, ruín.

La borrascosa tempestad de pasiones que la envidia descarga sobre la frente del envidiado, lejos de dañarle, realza más su figura, á medida que más la empequeñece, y a va-

lora más y más sus méritos, á medida también que más los regatea y más los oscurece, como la luz es más potente y brilla más á medida que son más densas y mayores las ne-
gruras que la rodean.

Pero si la envidia no produce el efecto apetecido, en cambio enco-
liza al envidioso y le hace agitarse en su propia insignificancia,—cre-
ciente de día en día,—espoleado con
crueldad inaudita por los celos de
las riquezas, de las glorias y de los
méritos ajenos.

Y sin embargo de esto, nadie se
sustraе á los maléficos dardos de la
envidia, porque es envidiado en la
vida todo lo existente; hasta la nada.

Desde las glorias del talento á la
celebridad triste del ajusticiado;
desde las miserias del mendigo á las
comodidades y riquezas del opulen-
to; desde la virtud acrisolada hasta
el descoco y liviandad de la ramera;
desde el estigma que mancha al
aplauzo que adula; todo, en fin, es
envidiado, porque hay espíritus más
ruines y miserables que todas las
miserias y ruindades unidas.

¡Y pobre de aquel que jamás ha-
ya sido envidiado, porque ese infe-
liz no ha tenido quien fije en él su
mirada!





LA INCLUSA

Sucede con la inclusa lo que nos ocurre con la muerte: que á medida que más en ella pensamos, más horrible aparece y más mortifica nuestro espíritu. Para saber lo que es la inclusa, es necesario verla; como para saber lo que es la muerte, es necesario que en nuestros brazos exhale el último aliento un sér querido.

Al girar lentamente sobre su eje el cilíndrico torno de la inclusa, es preciso que cruja y se estremezca el trono esplendoroso de la Providencia, porque basta media vuelta de ese torno, para que un tierno é inocente niño pase de los que debieran

ser amorosos brazos de su madre, á los mercenarios y severos de la deficiente caridad oficial; porque basta esa media vuelta, para que sea condenado á la inhumanidad incalculable de que jamás pueda conocerse.

La inclusa es, en sentido inverso, el *Spoliarium* romano, pues mientras á éste se arroja lo podrido y miserable, á aquella se arroja lo único sano y virgen á quien no alcanzó la culpa del crimen ni el deshonor de sus crueles padres.

Allí, en la inclusa, se desliza lánguida y triste la vida de los expósitos, como triste y lánguido es el piar de volantones secuestrados de su nido; allí al nublarse sus ojos por el llanto, no siente el niño en su rostro el contacto de unos labios que sin cesar lo cubran de ardientes besos, como el pajarillo no siente el arrullo de sus padres, ni un pico que unido al suyo lo acaricie y lo vivifique; allí, el niño, tras la gasa que envuelve su cuna, no encuentra su enhelante mirada la mirada inconfundible de su madre, que es su alegría, sino la mirada fría é indi-

ferente de sus guardianas, como el avecilla, tras los alambres de su jaula, no ve más que el para ella espantable rostro del infantil y risueño carcelero á quien distrae y divierte; allí, en fin, muere el niño, sin que al abandonar el mundo su alma candorosa y pura, arranque al corazón filial sus más tiernos latidos y sus lamentaciones más conmovedoras, sin que una frase de lástima se pronuncie ni un eco de dolor sondée el espacio, con lo que el niño es más desdichado que el pajarillo, porque al pajarillo lo siente y lo llora el muchacho que en su poder gozoso lo retenía. ¡Que el expósito es maldonado al gestarse, odiado al nacer, repudiado en sociedad y no llorade al morir!

Los hombres nos distinguimos entre sí por nuestra cuna y la cuna por nuestros padres; en la inclusa también se distinguen los niños por su cuna y la cuna por sus padres, que son las cifras de que se compone el número fijo en la pared y á la cañecera del blanco lecho.

Pero sacad á esos niños de su cu-

ña, mezclarlos unos con otros, y ya no sabreis distinguir el lecho de cada uno, porque todos son iguales; ya no los conocereis, aún cuando sean vuestros hijos, porque al girar el torno convirtió en anónima vuestra obra, y porque la inclusa es la mansión de la duda, en cuya atmósfera de misterios, la realidad se funde en ficción, la verdad en mentira, la certeza en laberinto, y la luz en negras sombras que todo lo envuelven y lo oscurecen todo.

La inclusa es el eterno é infamante estigma que mancha la frente de la Humanidad, porque el genérico y santo nombre de Humanidad, será una indigna suplantación mientras la inclusa exista.





LA VENGANZA

El odio y la pasión fueron sus padres; pero la venganza desmiente su cuna, porque no mortifica al que la alienta, sino que por el contrario, le sirve de dulce calmante y de grato consuelo á sus amarguras.

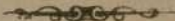
La venganza, como el vino generoso, se paladea y á su sabor se entona el cuerpo y el espíritu se alegra y se rejuvenece; pero la venganza, como el vino, embriaga y perturba el cerebro.

Hay muchos á quienes repugna el vino, como hay muchos á quienes repugna la venganza; pero así como los bebedores, están los vengativos: en mayoría inmensa.

La soberbia es la máquina á cuyo voltajeo se mueve la venganza, y el amor propio quien reclama su auxilio y su poder para conseguir su vindicación y su desagravio. Y por esto, los poseidos de sí mismos y los soberbios, son los más vengativos.

La venganza es el cobro con réditos de cuenta atrasada, y esta es la causa de que produzca tantos estragos.

Quien es noble y generoso no es vengativo, porque la nobleza está en pugna con el daño ageno, y la generosidad con la usura.





EL POETA

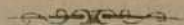
Así como la Naturaleza tiene un jardín que es la primavera, así el poeta tiene un paraíso, que es su fantasía, y sus producciones, flores perfumadas que deleitan y despiertan en el alma la idea de lo bello.

El poeta ríe ó llora, sufre ó goza, triunfa ó sucumbe, y no sucumbe ó triunfa como sucumben y triunfan los demás seres; no goza ó sufre, como sufre y goza la generalidad; no llora ó ríe, como reimos y lloramos nosotros.

Sus lágrimas no apenan el ageno espíritu, sino que producen el escalofrío de la contemplación de la

grandeza; sus sonrisas no arrancan la carcajada, sino que besan el pensamiento; su lamento no despierta la compasión ni fatiga el ánimo, sino que suaviza la asperezas del corazón y deléita su armónico sonido; su gozo no despierta el apetito brutal, sino que idealiza y satura el alma de ambrosía; su triunfo no mortifica, sino que admira y aviva el cariño; y por último, su desgracia, por lo característica, no es sentida, sino que solaza y halaga, porque el poeta vive para que todos disfrutemos con su infortunio.

En el poeta, en el verdadero poeta, todo es ternura, ilusión, amor, y tal vez por esto, como hombre, sus ternuras se rechazan, sus ilusiones se desvanecen y sus amores se desprecian ó se adulteran.





LA VERDAD

Muchos sabios se han dedicado á buscar la verdad y sólo han encontrado la mentira.

Pero la verdad existe y por el mundo vaga.

Sólo que en el eterno carnaval de la vida, la verdad, como todo, se disfraza, y por esto nadie la conoce.

Mas ¿queréis ver la verdad?

Mirad al fondo de vuestras conciencias y allí la veréis tal cual es: bella como la belleza misma, y como la misma tentación, seductora.

Entonces el rubor asomará á vuestras mejillas, el miedo os hará que la guardéis cuidadosos en el fondo de vuestro pecho, y acobardados in-

vestigaréis de una ojeada vuestro alrededor, por si alguien os ha sorprendido y en vuestra frente ha descubierto la verdad del pensamiento, siempre sujeto á la particular conveniencia.

Mas ¿cómo hemos de decir la verdad, si la verdad nos arrancaría el antifaz, á cuya sombra vivimos y queremos, obramos y sentimos?

Y ¡ay el día en que la verdad impere y resplandezca! Porque si tal sucede, los hombres serán arrojados del templo social, como los mercaderes del templo de Jerusalem: ¡fustigados y maldecidos!



La pena de muerte

Existe hoy en todos los códigos del mundo, y ayer existía en la conciencia de los hombres.

Pero ni ayer ni hoy está justificada la pena de muerte, ni con ella se consigue el fin que la sociedad se propone.

¿Se puede justificar la muerte de un hombre? No. Porque todos los hombres tienen el mismo derecho á la vida.

Si la pena está en relación con el delito ¿paga el asesino con su vida la vida de sus víctimas? No. Porque la vida de un hombre honrado vale más que la de cien miserables.

¿Se dirá que el asesino, al ser ajusticiado, pierde lo que más vale para él: la vida? Tampoco se consigue esto, porque el bandido no puede ser bandido sin ser suicida, y lo único que estima es la libertad.

¿Que la pena de muerte enfrena al criminal? No. Al pié del patíbulo se han cometido crímenes.

¿Que la pena de muerte extirpa la mala semilla? No es exacto. Mucho hijos de ajusticiados han sido grandes criminales.

¿Se persigue la regeneración de un malvado? No. Porque sin vida no cabe la regeneración.

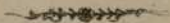
¿Se persigue el arrepentimiento? Tampoco. Porque muere maldiciendo á la sociedad.

Entonces, ¿qué se consigue con la pena de muerte?

Lo único que se consigue es que la sociedad contemple impasible que un hombre sujete á otro hombre é indefenso lo mate, y lo mate sin rencor ni pasión de ningún género, en presencia de miles de personas y protegido por las bayonetas de la fuerza armada.

¡Eso es lo que ve la sociedad! ¡La perpetración en público de un crimen más infame que todos los cometidos por el desdichado que se sienta en el banquillo! ¡La más monstruosa manifestación de la maldad, que es el verdugo, pagado y protegido por la ley!

¡Eso es lo que ve la sociedad y ese es el ejemplo que recibe!





La Moral y el Derecho

La existencia del Derecho, es la negación de la Moral, porque la Moral es el bien por el bien mismo, y el Derecho es el bien para obligarnos al bien.

El Derecho á venido á suplir, con la deficiencia propia de toda obra del hombre, la falta en éste de la Moral, porque la Moral es el Derecho perfecto y particular del ser humano.

Y de aquí nace que la perfección del Derecho se deba al relajamiento y perversidad del hombre, cuyos actos no se apartarían del Derecho

si estuvieran inspirados por la Moral.

El Derecho, que es la moral externa de la sociedad, representa progreso y una especie de mecanismo que hemos inventado para amoldar la prosperidad de nuestros ideales.

La Moral, por el contrario, no representa progreso, pero tampoco menoscaba la libertad del ser libre, ni menos impone reglas y condiciones al bien, que por ser bien, es bueno.

El progreso es la precipitación de la vida, y por esto mismo menoscaba la libertad del hombre, al vivir éste la vida que le impone el progreso; progreso á cuyos caprichos se sujeta la Moral aparente de la sociedad, que es el Derecho en sí.

El ideal de la Moral es el bien, y el bien es el fin del hombre.

Luego el hombre no cumple con el fin de su existencia en el Universo, si carecen sus actos de Moral.

Y si el Derecho obliga á la sociedad al bien y la sujeta á sus moldes, tampoco cumple su fin la sociedad, porque su bien es producto de la es-

clavitud, y la intención de sus actos
no es buena, toda vez que hay que
obligar esos actos á que lo sean.





EL PROGRESO

Progresar es morir y morir es vivir, porque el alma se nutre del cuerpo y el cuerpo se alienta del alma.

Y de aquí que con las naturales excepciones, á mayor embrutecimiento, á mayor positivismo, más robustez; como á mayor ilustración, á más idealismo, mayor anemia.

El progreso es el espíritu y la ignorancia la materia. Sin ignorancia no hay progreso, como sin progreso no hay ignorancia, precisamente por ignorarse todo.

El progreso y la ignorancia tu-

vieron principio, pero no tendrán fin.

El progreso es convertir el pensamiento en hecho ignorado con auxilio de lo existente; como la ignorancia es el desconocimiento de las verdades sabidas.

El progreso persigue la economía de trabajo y tiempo, y la vida humana es tiempo y trabajo.

Luego el progreso persigue el aniquilamiento del hombre.

Y por esta causa, por el constante progreso, día ha de llegar en que la vida tenga la brevedad del relámpago, relativamente, porque en ese tiempo habrá tenido lugar el individuo de cumplir su misión en la tierra.

Triste fruto el fruto del progreso!





LA CALUMNIA

Una mirada, un gesto ó una sonrisa le sirvió de cuna, creció mecida por la curiosidad y fué amamantada por la maledicencia.

Hija expósita de la maldad, y el encono, la calumnia vaga por el mundo y del mundo es dueña y señora, cual bandido en desierto camino y en abrupta sierra.

Ni en la casa humilde del labriego, ni en el palacio fastuoso del aristócrata, encuentra la calumnia quien la cierre el paso, quien evite su furia, arrojando á la vía pública honras y nombres desgarrados con

sus invisibles zarpas, en cuyas heridas queda el terrible escozor de la duda.

¡Es tan monstruosa la calumnia, que á penas llama á la puerta se perturba el más sereno espíritu y el hombre más esforzado tiembla!

La calumnia pudiera decirse que es un infamante libelo que escribe un mal nacido, y que corrigen y editan, propagan y leen todos los hombres, aún en contra de su misma voluntad.

Mas la calumnia no logra siempre su objeto abominable, porque si bien mancha á la virtud, tras la mancha se adivina la honradez y se esfuma la duda, como tras la pequeña nube se vislumbra la luz del sol que disipa las sombras.





LA FELICIDAD

La felicidad es el prisma de la Humanidad, donde se retratan todas las dichas, venturas y placeres de la existencia, como en el prisma de cristal se reflejan todos los colores de la luz.

Eterno sueño del alma y anhelo ingénito y creciente del hombre, mientras el alma alienta y el cuerpo existe, tras la felicidad corremos y en busca de la felicidad incansables nos dedicamos.

¡Siempre flotando ante nuestra vista, y nunca la vemos; siempre contemplándola en todas partes, y en ninguna se halla; siempre si-

guiendo su ruta, y siempre extra-
viados; siempre tocándola y siempre
escapándose de entre las manos!...

Y entre tanto, zumba incesante
en nuestros oídos la sarcástica car-
cajada de la felicidad que juega y
se burla de nosotros; entre tanto, la
felicidad nos llama consntatemnete
y constantemente nos excita, mos-
trándonos todas sus galas y atrac-
tivos.

Mas no por muchas burlas que
nos haga, la aborrecemos; no por
muchos engaños, dejamos de tener
fé en la felicidad, que está allí, y
corremos á cojerla; que viene para
acá, y la esperamos; y en este correr
y en este esperar, transcurren los
tiempos y las generaciones, y la fe-
licidad ¡siempre marchando hácia
nosotros, y nunca llega; siempre co-
rriendo nosotros tras ella, y nunca
la alcanzamos!

¿Dónde estás, felicidad mentida?

¡Yo te maldigo, porque eres la
eterna ambición del hombre y del
hombre su escarnio eterno!





LA MONJA

Vedla cruzar, cual fantástica visión, los corredores del silencioso convento. Allí va. Su rostro es pálido, porque su espíritu ha enfermado; su mirada es triste, porque el alma llora; reza incesante, porque incesante sufre; baja su frente, porque el sepulcro espera; y anda sin ruido, porque lánguidas telas ocupan el lugar de la crugiente enagua, signo aquéllas de quietud y reposo, como signo ésta de viriles energías y de batallar constante.

El pecho de la monja es un panteón donde yacen los recuerdos más

tiernos del pasado, bajo la lápida funeraria del desengaño con la inscripcíon del olvido.

El convento es la biblioteca de la vida donde se conservan las leyendas más delicadas de la Humanidad, escritas por la desilusión, y las monjas son los tomos impresos y corregidos por el místico consulo.

Cuando la cortante tijera separa las trenzas de pelo de la profesa, es preciso que cada cabello lance una maldición, como el espíritu del suicida al sentir el pistoletazo que desgarrar el cráneo, porque en aquel momento, se mata un cuerpo y se martiriza un alma.

Oyendo las dulces salmodias de la monja, parece que el alma se escapa de nuestro ser y se le eleva á la mansión del Justo, cual si fuese en alas de la vaporosa nube del incensario y de las melancólicas notas arrancadas al órgano del templo.

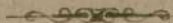
¡Y es que á el alma le fascina y subyuga el misterio, y por eso corre por el espacio tras el cántico de la monja; es que el alma se compenetra del dolor ajeno, y por eso

los salmos de la monja le parecen doloridos y armónicos ayes de su propio espíritu!

El mayor excepticismo de la vida, lo constituye la monja, porque la monja busca la soledad y la soledad es la mansión del descreído.

La monja espera encontrar en la desmantelada celda el reposo de su espíritu angustiado...

Mas no es así, porque la quietud del cuerpo no es bastante á tranquilizar el alma.





La superstición

Una víbora escondida en nido de flores, es la superstición, porque la superstición sólo se alberga en almas sencillas como la violeta y cándidas como la infancia, tiernas cual caricia de madre y crédula cual la misma fé.

Así como brota la chispa al choque del pedernal y el acero, así también nace la superstición al juntarse la credulidad y la ignorancia.

Y alimentada con tradiciones y leyendas fantasmagóricas, la superstición se arraiga en el pecho del individuo y le hace ver en el más fortuito é insignificante hecho, provi-

dencial anuncio de bienandanzas ó desdichas.

De padres á hijos, de generación en generación, de tiempo en tiempo, y cual enfermedad hereditaria y contagiosa, la superstición se va transmitiendo de unos á otros, haciendo á todos que experimenten ya el pesar de la desgracia, ora el frío del pavor, ó ya la alegría de la riente fortuna, fortuna que después no llega, pavor que siempre es infundado, y desgracia que rara vez se cumple cuando la predicción señala.

El fanatismo y la superstición se dan la mano y por el mundo marchan unidos, embruteciendo á la Humanidad y en guerra cruenta con la civilización y el progreso.

Empero ¿existirá quien jamás haya sido supersticioso?

Indudablemente que no, porque todos hemos nacido y al nacer la heredamos, y sino, después nos la inculcaron en nuestros primeros años.



LA VAGANCIA

La vagancia podemos compararla á una dorada y brillante plancha de metal, porque en todo se asemeja á ella.

La vagancia imita á la dicha, como el metal imita al oro.

La vagancia, á simple vista, subyuga; el metal, á simple vista, seduce.

La vagancia brinda al individuo venturas y placeres, placeres y venturas que luego son falsos, como también es falso el brillo del metal.

La dorada plancha se embohece, y pierde su mentido esplendor; la vagancia mata toda iniciativa y todo

estímulo provechoso, y la glandularía acarrea las privaciones, y las privaciones esfuman sus fingidos hechizos.

El moho corroe la plancha; la vagancia corroe al individuo.

El moho hace que la plancha vaya perdiendo valor de día en día, como la vagancia hace que el hombre vaya perdiendo de día en día todo respeto y se lance al pillaje y al crimen.

El individuo entregado á la vagancia, es como la plancha entregada al moho: el moho concluye con la plancha, como la vagancia concluye con el individuo.

El vago es un miembro sano del cuerpo social voluntariamente sometido á la inmovilidad.

La inmovilidad germina en el cuerpo la parálisis y tras la parálisis viene la muerte; la vagancia fomenta el vicio y el vicio mina y después mata á la materia.

Desátese el miembro ligado y será útil; eduquen en el trabajo los padres á sus hijos, y no habrá vagos.

Castíguese con severidad la va-

gancia y dejará de subyugar; evitemos el pulimento del metal, y dejaré de seducir.

— o —



El fanatismo

Malvado hermano de la superstición, el fanatismo tiene los mismos padres que aquélla, la credulidad y la ignorancia, y vive y se nutre de leyendas y tradiciones ilusorias.

De entre todas las plagas y calamidades que sobre los pueblos pesan, ninguna tiene la magnitud del fanatismo, porque el fanatismo convierte al individuo en inconsciente instrumento de la idea, en vez de ser la idea amoldada y dirigida por el individuo.

Y como el fanatismo es brutal y bárbaro el hombre fanático es bárbaro y brutal, porque sigue la con-

dición de la idea, de esa idea excepcional, que el transcurso de los siglos y el paso de tantas generaciones no ha logrado sacarla de la cuna en que nació, y en donde permanece inmóvil á pesar del impulso del progreso.

Pueblos, razas, costumbres, creencias, ideas, todo ha experimentado las transformaciones que el tiempo lleva en pos de sí. Pero el fanatismo se muestra inmortal ante el tiempo, ante el cincel de la civilización rebelde granito, y ante la fundición del progreso sólido metal, cuyas moléculas no logra desunir el fuego inmenso de sus candentes hornos.

La superstición es sólo el suplicio de quien la posee; pero el fanatismo es el azote de los pueblos y de las razas, en quienes enjendra el odio eterno, que más tarde los induce á luchas sangrientas y exterminadoras.

Entre el excéptico y el fanático, es preferible el primero, porque más vale no creer en nada, que entregarse en cuerpo y alma á los exaltados delirios de una religión cualquiera.

El excéptico es pasivo enemigo de sí mismo, mientras que el fanático es enemigo encarnizado de quien, como él, no piense.





EL AVARO

Así como el imán atrae el acero, el avaro atrae sobre sí la crítica sangrienta del conocido, el odio de quien le sirve, y de sus herederos el inquieto deseo de su próxima muerte.

La avaricia es una mala hembra, que sólo en la masturbación de sus riquezas encuentra el placer y la alegría.

El avaro es la miseria con entrañas de oro, la compasión en los labios y en el alma el placer, el feliz para todos y el único y verdadero desdichado, porque de nada disfruta y de todo se priva.

Tal influjo, tal sugestión ejerce sobre el hombre la avaricia, que el hombre mata todos sus sentimientos y se entrega á ella, y por ella son sus ansias y desvelos, sus trabajos y vigiliass, como el chulo desecha toda consideración y todo respeto, y se entrega de lleno al vicio, explota á la ramera, vive en el lupanar, en el lupanar disfruta, y por el progreso del lupanar únicamente emplea sus escasas facultades.

Y el avaro, cual chulo de su riqueza, á la riqueza explota después que otros la han gozado.

El chuto gasta y triunfa á costa de su ramera; pero el avaro no gasta y por ende no triunfa, porque para triunfar es necesario gastar.

Mortificado constantemente por su ambición insaciable, el avaro vive en contra de la voluntad de cuantos le rodean, y á cada instante sufre su espíritu la fría impresión de la mano criminal que de improviso cae sobre él, para arrancarle sus tesoros.

Mas el avaro, que á su paso sólo

embró tristezas y lágrimas, llegas
un día en que produce general rego-
cijo: ¡el día de su muerte!





LA GUERRA

Verdugo de los débiles y protectora de los fuertes, la guerra es el barbarismo de la civilización y la locura del progreso.

Mientras exista el derecho de la guerra, se negará la fuerza del derecho, que debe ser el ideal universal.

Los pueblos valen por los hombres, y por defender los pueblos matamos á los hombres. Es decir, que rompemos la joya por conservar el estuche.

La guerra engendra al héroe. El heroísmo es la fiereza del individuo,

sin el freno de ningún sentimiento noble. Luego el héroe es un monstruo de maldad.

Matar á un hombre es un crimen que castiga la ley: matar á muchos es una heroicidad que premia el patriotismo.

¿Por qué? ¿Acaso desaparece el delito á medida que es mayor?

El brazo del asesino se mueve á impulsos de su rencor ó de su egoismo. La espada de los ejércitos se mueve por el rencor y el egoismo colectivo.

¿Qué diferencia hay? ¿Que unos roban territorios y aquél monedas? ¿Que aquél mata uno ó dos, y los otros maturan millares?

El patriotismo es soberbio y egoista, y el egoismo es injusto y la soberbia irascible. Mientras seamos patriotas y soberbios, latirá en nuestro pecho el infernal é inhumano sentimiento de la guerra.

El militarismo descansa sobre un pedestal construido por la barbarie con las ruinas de los pueblos y con la sangre de las víctimas.

¡Derribemos ese ídolo, que el día

en que no haya más espada que la pluma ni más fuerza que la equidad, será el día en que podremos proclamar, sin que nadie nos desmienta, que somos verdaderamente justos y civilizados, cosas ambas que hoy no podemos decir, porque imperan el valor y la fuerza, y la fuerza y el valor están reñidos con la razón y el talento!





LA CARIDAD

De todas las grandezas y bondades del alma, la más noble y hermosa, la más dulce y tierna, es la caridad, porque el pecho en que la caridad se alberga truécase en palacio esplendoroso del bien y de la virtud, cualidades éstas distintivas de Jesucristo entre los hombres.

Si la caridad fuera el sentimiento que predominase en el hombre, la sociedad experimentaría una maravillosa transformación en beneficio del ser humano, sencillamente por estar formada la Caridad de la esen-

cia del amor y del espíritu del Derecho, y el Derecho nos impulsa á la igualdad y el amor hace propio el infortunio ajeno.

La Caridad es tan grande que Dios mismo no pudo hacerla mayor. ¡Sólo tiene la Caridad quien le iguale en grandeza: la desgracia! Y tiene que ser así, porque no hay efecto sin causa.

Desgracia inmensa es que la Caridad acuda en nuestro auxilio; pero es mayor si nos abandona.

El óbolo de la Caridad se recibe entre lágrimas y amarguras; pero la mano generosa lo entrega por el imperio del alma enternecida.

Luego el desvalido no es quien recibe el verdadero beneficio de la Caridad, sino quien la Caridad practica, toda vez que al hacerlo se satisface un deseo del espíritu.

Pero el hombre caritativo se regenera, y el desdichado amengua su dolor y fomenta su gratitud.

La gratitud ennoblece el espíritu como la regeneración lo santifica.

Luego la Caridad hace buenos á los hombres.

¡Bendita sea la desgracia que hace
brillar á la Caridad, como bendito
sea el pecado que redime!





EL EGOISMO

El egoísmo no reconoce más personalidad que el *yo*, y por esto el egoísmo es una de las principales causas de la pobreza.

Cual prensa hidráulica, el egoísmo exprime en beneficio propio cuanto á su alrededor existe.

El egoísmo del patrono es causa del malestar del obrero, porque el patrono egoísta se aprovecha sin equidad del producto del obrero, mientras el obrero no participa de los beneficios del patrono.

Subordinado todo en provecho del

egoísmo, claro está que el egoísmo es el único que se engrandece, y á su engrandecimiento todos contribuimos, á la par que vamos fomentando la miseria.

El egoísta no conoce las ternuras del amor, ni saborea el néctar de la generosidad. Sólo vive por él y para él. Los demás, incluso sus propios hijos, son minadoras raíces destinadas á buscar el alimento de que se nutre y engrandece el tronco secular de su ambición.

Y de aquí que la mayoría de los hombres seamos débiles raíces destinadas á alimentar el robusto tronco del egoísmo.

Vivimos como vive la raíz: comiendo poco y trabajando mucho; rindiendo mucho y disfrutando poco.





La adversidad

Hé ahí el enemigo común é invencible del hombre, mientras el hombre recorre el camino que separa la cuna de la tumba.

A la adversidad la aspiramos y la vemos, la sentimos y la tocamos, y la tocamos porque existe en todo lo palpable; la sentimos porque penetra en el corazón; la vemos porque está en la luz; y la aspiramos porque evaporada flota en el aire que nos rodea y nos envuelve.

Y cuando nos creemos libres de su perfidia y alevosía, viene la adversidad y nos derriba á tierra y nos empuja por el desfiladero de la desgracia, y del endurecido risco á

la flexible zarza, vamos dando tumbos hasta llegar á la profunda sima del infortunio, en donde quedamos con el corazón dolorido por los fuertes golpes del desengaño, y desgarradas nuestras ilusiones más queridas en las punzantes espinas de la realidad incontrastable.

Mas el hombre, á penas repuesto de la conmoción de la caída y doloridos y ensangrentados aún sus miembros, mira triste á la cumbre y allí ve á la felicidad risueña, brindándole su virginidad y sus caricias, y con rebuscadas energías, comienza de nuevo á subir la pendiente defendida por la adversidad.

Asidos unas veces á la jara de la calumnia que nos mancha, otras al romero de la adulación que nos perfuma, ya á la cortante laja de la traición que nos hiera, ora á la exuberante retama de la esperanza que nos alienta, marchamos todos por la empinada senda, sufriendo los embates de la implacable adversidad que nos maltrata y nos hace retroceder, hasta que en este constante subir y rodar nos sorprende la muer-

te, sin haber logrado nuestro objetivo.

¡Y ay de aquel que se rinde á la adversidad, porque quien tal hace, no le queda más recurso que el suicidio!





EL MENDIGO

El mendigo es el millonario de la libertad y la expresión más genuina de la democracia.

El mendigo se acerca y se codea con todos y con todos cruza su palabra, no solo porque es la viviente imagen de la desgracia, á la cual nadie se sustrae, sino porque flotante lleva en sus manos la bandera de la caridad, que le sirve, cual bandera de parlamento, de escudo ante el orgullo y de simpático atractivo ante el generoso desprendimiento.

Y tal vez por esto, el mendigo nos arranca, cuando menos, un ges-

to instintivo de compasión por las enfermedades, amputaciones y miserias que padece.

Más... ¿qué veo? Una señora que aparta su vista con repugnancia del mendigo, y un caballero que despi- de á éste con bruscos ademanes, ¡Desdichados! ¿Qué hacéis? ¡Os estáis delatando!...

¡No comprendéis, en vuestra insensatez, que tras un cuerpo carcomido por la podredumbre, puede existir un alma honrada y noble; no comprendéis que tras un cuerpo rebosante de hermosura que huye del pobre desvalido, no puede esconderse más que un espíritu corrompido y miserable!

No; no huid, pues será inútil. Sois, como el pobre, mendigos, porque la mendicidad es la común profesión del hombre.

Honores mendiga el rico, como limosna el pobre mendiga; mendiga la dama amor, como el sabio glorias mendiga; mendiga el niño caricias, como el padre bienes mendiga; fidelidad mendiga el casado, como el poder mendiga el político; riquezas

mendiga el avaro, como el hijo honrado del pueblo trabajo que dignifica; y desde el expósito humilde al monarca poderoso, míseros mendigos somos, á merced de la ajena compasión estamos, y del óbolo de la caridad social vivimos.

¡Al hacer bien por el mendigo, enseñamos á los demás á que lo hagan con nosotros!





LA SOBERBIA

La soberbia es más grande que el Universo y ni aún en el mismo Dios Hombre reconoce supremacía.

Virtudes y talentos, valor y poder, son para la soberbia liviano polvo que su manto mancha.

Pero la soberbia es como la gigantesca ola del mar, que se estrella ante la endurecida roca del verdadero mérito, bajo el manto de la modestia.

La ola se hincha y se ajiganta por el viento, como la soberbia se esponja y se ahueca por los ridículos sueños de insecto engrandecido.

La soberbia maltrata altanera á la modestia, y después se retira humillada sin haber logrado destruir la bondad que en su seno oculta, como la ola maltrata á la roca, para después retirarse humillada, sin haber logrado penetraren sus graníticas entrañas, y ser más tarde agua mansa de otra ola, como aquélla flotante humo de otro espíritu.

Si sois hombres dignos y libres, huid del soberbio, porque la soberbia solo consiente á su alrededor miserables esclavos á quien mandar con la punta de la bota.





La clase media

Vanidad y orgullo de abajo, y vicio y disipación de arriba, han conducido á la mayoría de los hombres á la situación triste de la clase media.

Los que á ella pertenecen, sufren todas las privaciones de la miseria, porque tienen todas las necesidades de la opulencia.

El pobre goza la libertad de ser pobre, como el rico disfruta la independencia de su capital.

El de la clase media ni goza la libertad del pobre, ni disfruta la independencia del rico; pero sí devora en silencio la miseria, y enga-

ña á los demás y se engaña así mismo, al aparentar hartazgos que no siente y grandezas que no posee.

¿Y quién es culpable de esto?

Los convencionalismos sociales, que avaloran la persona por su vida externa.

Y de aquí que debiendo estar todo supeditado á la comodidad del cuerpo y á la tranquilidad del espíritu, espíritu y cuerpo tienen que someterse á las exigencias ajenas, sufriendo con ello privaciones el cuerpo y torturas y sinsabores el espíritu.

La clase media está glorificada por el talento, santificada por el trabajo y martirizada por la miseria.

El día en que cada individuo gaste lo que pueda, vista lo que tenga y valga lo que realmente sea, sin miedo á estúpidos convencionalismos, la clase media será envidiada, y como tal, admirada y dichosa.

Mientras tanto, la clase media será la desgraciada victima de la tiránica inquisición social.





LA AMISTAD

La amistad es una sagrada é imprescindible familia, en la que todos sus individuos llevan con gusto el parentesco.

Y por esto la amistad es más pura que la familia, porque en la familia no todos sus miembros simpatizan entre sí, sinó que llegan hasta maldecir el forzoso parentesco.

Las culpas de la familia, manchan: las culpas de la amistad no. Sin familia se puede vivir: sin amistad es imposible. La familia huye de la desgracia: la amistad, en la desgracia, es cuando luce su espléndido

atavío. La familia es producto del grosero placer de la materia: la amistad es hija de la casta sonrisa de dos almas, es mecida cariñosa en su cuna por la simpatía, y crece alimentada por el noble proceder de dos séres.

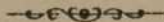
Pero la amistad es una hembra tan virtuosa y delicada, tan santa y espiritual, que á penas se bastardea, languidece como las flores sin rocío, y muere más tarde á la impalpable bofetada del viento de la ingratitud.

Al amigo de confianza comunicamos nuestros secretos y le hacemos participe de nuestros más íntimos pensamientos, pensamientos y secretos que no revelamos á la familia, porque en la familia existe el principio de autoridad y la autoridad lleva en sí el respeto que coarta, mientras que no sucede lo mismo con la amistad, porque la amistad es la mayor igualdad del mundo.

Quien burla al amigo se burla así mismo, porque cada amistad que se resta es un nuevo remordimiento del espíritu, y un elemento necesario con el transcurso del tiempo.

Un amigo encubierto, es un pariente envidioso.

Mas la amistad, como todo, está tan adulterada, que hoy vale más un amigo verdadero, que toda una parentela.





EL SUICIDA

Hay quien considera el suicidio como un acto de valor, y quien, por el contrario, opina que es una cobardía.

Nosotros no participamos de ninguna de esas opiniones.

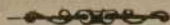
Al suicida no se le puede llamar valiente, ni cobarde.

Y no puede ser cobarde, porque tiene el suficiente valor para matarse, como tampoco puede ser valiente quien atenta contra su misma vida, falto de valor para arrancar la ajena que lo tortura.

La tendencia al bienestar propio, no se aparta jamás del hombre.

Y por esto el hombre que se suicida, es porque cree encontrar el anhelado mejoramiento, al saltar triturado su cráneo.

Luego el suicida, es sencillamente un espíritu egoísta y soberbio; y es soberbio, porque se revuelve airado contra el infortunio, y es egoísta porque prescinde hasta del cuerpo en que habita para el logro de su quimérica dicha.





LA MÚSICA

La música es el lenguaje universal de la belleza, como la belleza es el recreo del espíritu y el retrato de la poesía.

Y por esto, si no hubiera mujeres, no existiría la música, porque la mujer es la más genuina representación de la belleza y de la poesía.

La primavera es una composición musical sin sonidos; pero con notas, que son las flores; con dúos, cantados por el arroyo y la brisa; con las dulces melodías del amanecer, y con el risueño acompañamiento de los pájaros en la enramada.

La Naturaleza, á pesar de ser sorda como Beethoven, escribe con la

mano del tiempo las más hermosas obras del arte musical. Pero la música de la Naturaleza llegó á el alma por la mirada y la de Beethoven por el oído.

La música ennoblece á el alma, porque en el recreo de la música el alma se pulimenta y se idealiza, y la nobleza consiste en el idealismo del amor y en el pulimento de la bondad.

La poesía es la música del lenguaje, y la palabra es la poesía de la música.

La belleza y la poesía, son las dos columnas sobre las que descansa la imagen seductora del espíritu, que es la música.

Si no existiera la música, quizás no sabríamos hablar, porque la palabra no es más que un sonido armonioso, y la armonía es la música.

Dios, al crear el Universo, fué el primer compositor musical, y su palabra la más brillante ejecución de la más tierna y dulce melodía, cuyos ecos repercutieron en el caos infinito de la nada, y aún palpitan

por todos los ámbitos del mundo.

Y, sin duda, por ser la música celestial creación, timbrada por voz divina, no tiene más que un idioma para hacerse comprender y amar de todos los hombres.



LA MODESTIA

La modestia es hermana de la mentira, puesto que no consiente decir toda la verdad, y la verdad á medias, es la mayor de las mentiras, como es sabido.

Aplaudimos la modestia y no pensamos que al hacerlo defendemos la hipocresía.

El que puede costear lujosos trenes y vive y viste con modestia, no es modesto, sinó un m zquino, que engaña á la sociedad y á la sociedad perjudica, porque priva al comercio del consumo que le corresponde.

Si el lujo es perjudicial, lo es mu-

cho más la modestia, porque el lujo es el yugo del que lo ostenta, mientras que la modestia enriquece al individuo á costa del empobrecimiento de los demás.

El lujo fingido no engaña á nadie; pero la modestia fingida nos engaña á todos.

Ser inmodesto es patrimonio de necios orgullosos; pero ser modesto, equivale á ser mendigo de aplausos que no merece.

La modestia es una careta que casi siempre cubre el repugnante rostro de la avaricia, ó la ridícula faz de un talento sietemecino.

Lo mejor es desposarse con la sinceridad, porque la modestia en estos tiempos es la mayor de las vanidades y una suplantación del bien y de la virtud, y como tal, constituye una impedimenta peligrosa.





EL PAN

Así como no hay luz sin sombra, verdad sin mentira, memoria sin olvido, montes sin llanos, grandes sin chicos, así tampoco hay comida sin pan y sin pan ventura.

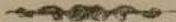
No hay gestación más mísera ni vida más gloriosa que la del pan.

En moreno y pequeño grano, fué arrojado con desprecio y coraje al zurco de la esteva; en apiñada espi-
ga con cabellos de oro, fué pisoteado en circular plazoleta, y más tarde manteado con cruel ensañamiento; en completa desnudez, fué triturado por las piedras del molino; en menudo polvo convertido, fué á la ar-

teza, donde, puñada tras puñada, le dieron variedad de formas, para ser más tarde tostado en el candente horno. ¡Tal es su gestación!

Pero nació el pan, y al nacer, los hombres lo desearon, todas las puertas se abrieron á su paso, en todas las mesas ocupa el lugar preferente, y míseros y magnates, todos le rinden por igual ferviente homenaje.

¿Y cómo no, si hasta la religión cristiana simboliza en él el cuerpo de Dios vivo?





LA VOLUNTAD

La voluntad es el brazo del pensamiento.

El hombre, para ser independiente y libre, necesita indispensablemente tener voluntad, porque careciendo de voluntad, el hombre se convertiría en instrumento de otro hombre, en esclavo del capricho ajeno.

Todo acto ejecutado por nosotros en contra de nuestra voluntad, nos enseña una verdad matemática: la verdad de que no somos independientes.

Si el hombre comprendiera todo el valor de su voluntad, no se deja-

ría mandar, como si el caballo supiera su verdadero poder, destrozaría las ligaduras que lo sujetan y la mano que lo gobierna.

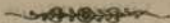
Pero si la fuerza impulsiva de la voluntad no se enfrenara, el individuo se trocaría en indomable fiera del desierto, capaz á las mayores monstruosidades, como la máquina sin regulador dejaría de ser útil, para convertirse en certero peligro con su desatentada marcha.

La voluntad es tan ilimitada como el pensamiento.

El débil con voluntad es más fuerte que el fuerte sin ella.

Quitad al hombre la voluntad, y lo mataréis por inanición; dejad que el hombre obre por el imperio de su voluntad libérrima, y será insociable por su salveje independenciam.

Más es preferible pisar los umbrales del salvajismo, à dejarse mecer lánguidamente en la hamaca de la inacción y de la pasividad.





JUAN LANAS

¡Miradlo! ¡Ahí está! Embrutecido por el fanatismo; embaucado por el *rosicler* de un advenedizo; secuestrada su voluntad; fastigado por la tiranía; hecha girones su historia y su nombre; dando su sangre y su dinero al amo que lo gobierna, y en sus labios titilando siempre la súplica que humilla, acompañada del cobarde ademán del perdón. ¡Miserable!

Dueño verdadero de todo, y sin embargo, misero esclavo del primero que lo abofetea.

¡Trabaja, sí; trabaja, Juan Lanas, que es necesario mantener á los ta-

hures que te roban y á los danzantes que te bailan!

¡No llores, no, las desventuras que te aquejan! ¡Tú, Juan Lanás, eres el culpable! ¡Tú no eres Moisés! ¡Tú no puedes esperar del cielo el maná que acalle tu hambre, el bálsamo que alivie tus dolores!

Tienes, Juan Lanás, que buscar en el desierto de tu atonía la roca de la cual brote quien te redima. ¡Hasta Moisés tuvo que buscar la roca, y Moisés contaba con la protección del cielo!

Mientras tú sigas llorando la dama desflorada, en vez de exigir la reparación debida, serás lo que eres: dúctil materia á la explotación de todos y maniquí ridículo para la universal mofa.

¡Ten presente, Juan Lanás, que la esclavitud forzosa arranca la conmiseración y tras la conmiseración la ayuda: pero cuando la esclavitud es voluntaria, sólo inspira desprecio y asco!





La vergüenza

La vergüenza es la picota de nuestros actos vituperables.

Por temor á ella nos conducimos con recato y humildad.

Se ha dicho tantas veces que no existe la vergüenza, que ya nos parece una matemática verdad su no existencia.

Pero la vergüenza existe, y existe dentro de nosotros mismos, ya que nuestros primeros padres se comieron un pedazo de vergüenza y aún no la hemos podido digerir.

En el paraíso, la vergüenza andaba desnuda y se la veía tal cual es.

Pero Eva mordió la manzana y

Adán corrió presuroso en busca de un pámpano para cubrir con él la fealdad de la vergüenza.

Desde entonces, la vergüenza no se vé por ninguna parte.

Permanece oculta tras la hoja de parra, sirviéndole á Baco de desco- cada concubina.





EL BARRO

De cuanto existe, nada es tan vil y despreciable como el barro.

Y sin embargo, nada tampoco existe que pueda igualarle en grandeza.

El barro tiene la particularidad de unir en sí dos cualidades antitéticas en extremo: la vileza y la bondad.

El barro es vil y despreciable, porque mancha á quien lo toca y repugna á quien lo ve; el barro es bueno é imprescindible, porque lo eligió Dios para hacer al hombre, y el hombre se vale de él para cons-

truir sus viviendas, sus templos, sus sagradas imágenes.

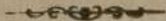
El barro existía antes que el mundo, toda vez que el Creador tuvo que separar el agua de la tierra, y de la tierra y el agua unidos se forma el barro.

¿Pero qué digo del barro? ¿Caben acaso distingos?

No. Barro es todo lo existente: la amistad, el amor, la familia, la sociedad, el hombre.

Y la amistad es barro, porque la amistad se hace inquebrantable al calor de laudables y reciprocas acciones, como el barro se solidifica al calor de los rayos solares; es barro el amor, porque en barro despreciable se convierte, cuando nos burla el ser amado; es barro la familia, porque las culpas de la familia manchan; es barro la sociedad, porque la sociedad es el conjunto de moléculas empapadas en hipocresías y corruptelas; y es barro el hombre, porque de barro se formó y á barro ha de convertirse, cuando al convertirse en polvo al polvo le llueva.

¡Per esto no se ven más que mi-
serías y ruindades! ¡Porque todo es
barro!





EL TRABAJO

Vivir es trabajar, porque la vida es trabajo.

Quien más trabaja más vive, porque el trabajo alarga el tiempo.

La rudeza del trabajo, fortalece; la quietud de la vagancia, enferma.

El trabajo manual, redime; el trabajo intelectual, distrae y dignifica.

El trabajo que más produce, es aquel que se presta uno mismo, porque se economiza la ganancia del patrono ó el jornal del obrero.

A simple vista, la ganancia y el trabajo están en relación inversa: á mayor trabajo, menos ganancia, y á mayor ganancia, menos trabajo.

Pero no es así. El trabajo está en relación directa con la ganancia.

Sólo que el capital trabaja por el patrono, como los útiles por el obrero. Los útiles ahorran trabajo al obrero, como el capital facilita ganancias al patrono.

Quien no trabaja, se equivoca al decir que no trabaja, sencillamente porque no existe mayor trabajo que el no trabajar en absoluto.

La vagancia suaviza la piel, pero encallece la conciencia; el trabajo encallece la mano, pero ennoblece el alma.





EL LLANTO

El llanto es la protesta de la impotencia, como el dolor es el latigazo que estremece á el alma en cruenta conmoción.

Sin dolor no hay llanto, como sin violencia no hay conmoción.

El llanto es más propio del espíritu que de la materia.

Por eso cuando llora el espíritu, es más copioso el llanto y las lágrimas más tiernas, y más delicado y más conmovedor el lamento.

Los dolores del espíritu se lloran siempre; los de la materia no.

El llanto purifica el alma, como el destilador purifica el agua, porque el llanto es la hiel del alma destilada por el dolor.

Quien no ha llorado nunca no puede ser bueno, porque su alma no se ha dulcificado por el dolor, y conserva el acíbar de las pasiones y la dureza de estoicismo.

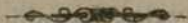
Repasad vuestra memoria y veréis cómo los ojos que mucho lloran los vivifica un alma dulce y amorosa.

El alma que no llora es como la caldera sin válvulas. La caldera sin válvulas no puede funcionar, como el alma que no llora, no puede alentar sus principales sentimientos: el amor y la bondad.

Mas haced que el líquido de la caldera se ponga en ebullición, y sucederá como si llora el espíritu sin que los ojos se nublen por el llanto: que el pecho se ahogará por una oleada de angustia, originando una peligrosa excitación en el sistema nervioso, que es el sensible, como la caldera se estremecerá por la fuerza del vapor sin salida, para

después arrojar con violencia la pieza menos fuerte.

¡Bastó la maldad de un pueblo para condenar al mundo; pero bastó el llanto de una madre para redimirlo!





EL CARNAVAL

—¿No me conoces?...

—No. ¿Quién eres?

—¿Pues no lo ves? El Carnaval.

Una máscara como tú.

—¿Como yo?

—Sí; como tú. Sólo que tú llevas el antifaz en la conciencia y yo en el rostro.

—¡Eres un deslenguado!

—No te ofendas. Como tú es la sociedad.

—Explicate.

—Voy á hacerlo; pero acércate para que nadie nos escuche.

—¡Vamos, comienza!

—¿Sabes tú lo que es la sociedad?

Pues la sociedad es una mentira disfrazada de verdad.

—Como tú.

--No: yo soy la verdad, con la mentira por careta.

—¿La verdad con antifaz?

—Sí; porque la verdad desnuda ofende la moral pública.

—¡Valiente verdad!

—¡No me ofendas!

—¿Con que siendo tú la verdad, la verdad te ofende?

—Sí. Pero tú eres el culpable.

—¡Yo? ¿Por qué?

—Porque tú me obligas á gastar antifaz y el antifaz me roba la virtud.

—Tienes razón: pero vete y no nos descubras.

—No, no me voy.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. Estoy cansado de recibir apóstrofes y voy á delatarte.

—¿Por qué?

—Porque te cerraré el paso con el cinismo.

—Bueno. Haré lo que tú quieras. ¡Seguiré callando!





EL CINISMO

Así como el acero se endurece por el temple, así también la mentira se fortifica por el cinismo, hasta convertirse en coraza protectora y característica de pechos miserables.

El hombre cínico es capaz de todas las audacias, porque la audacia y el cinismo están íntimamente unidos, se dan la mano, son hermanos.

La verdad, la razón y la justicia, sirven de escolta á la nobleza en su marcha por el mundo; pero el cinismo le corta el paso, y á la verdad, le opone la mentira; á la razón, la fuerza, y á la justicia, la perfidia.

En el fragor de esta lucha encarnizada, la verdad se oscurece, la razón se trunca y la justicia se falsea, mientras que la mentira resplandece, la fuerza impera y la perfidia triunfa.

Y es inútil que acuda en auxilio de la nobleza la moralidad y la honradez, porque el cinismo cuenta, como aliados, con el vicio y la calumnia, y la calumnia mancha á la honradez, y á la moralidad la destruye el vicio.

¡Por el reinado esplendoroso del cinismo, hemos llegado á la situación decadente y mísera en que nos hallamos!



EL OLVIDO

El olvido es el eterno enemigo del amor y el más eficaz consuelo del alma.

Nos hiere la traición, nos abruma el desengaño, y viene el olvido á tranquilizar el espíritu angustiado y á cerrar la sangrante herida, calmando su escozor. Y herida curada no duele, como amor olvidado no ofende.

El olvido es una lápida funeraria que para siempre cubre los doloridos ayes del amor escarnecido, la protesta viril de la amistad burlada,


la indignación legítima que la acechanza arranca.

El olvido es la tumba del espíritu, como el Cementerio es el panteón de la materia.

Y de aquí que el olvido cure todas las enfermedades del alma, como la muerte concluye con todos los dolores del cuerpo.

Cuando la tristeza nos entenece y la adversidad nos agobia, ¿qué sería de nosotros sin poder olvidar el recuerdo que nos atormenta?

El hombre necesita indispensablemente del olvido, porque el hombre sin el manto impermeable del olvido, moriría ahogado en el lago de amargura que á todos nos rodea.





El estudiante

El estudiante es el labriego de la inteligencia.

Angustias y fatigas sufre el labriego, como fatigas y angustias sufre el estudiante. Pero el labriego es más útil á la sociedad que el estudiante, porque el labriego trabaja para todos y el estudiante para sí.

Lleno el cerebro de ideas y ávido el corazón de emociones, alentado por un porvenir risueño y anhelante el alma de poseer los infinitos dominios de las letras, el estudiante se lanza al ancho mar de las ciencias,

siempre agitado por el huracán del pensamiento.

En las revueltas aguas de ese mar, la mayoría perece, una buena parte sale á la orilla opuesta por un milagro de estabilidad, ó como desdichado náufrago arrojado á la playa, más bien por el impulso de las olas que por su propio esfuerzo, y un número exiguo flotando llega al puerto del destino, donde la muchedumbre entusiasmada se descubre á su paso y le rinde el homenaje de su admiración y de su respeto.

Entonces, por lo general, el estudiante cesa de cultivar su inteligencia, mientras el labriego prosigue incansable su faena.

El estudiante concluye por convertirse en planta parásita; el labriego en fecundo campo de eterna producción.

Si queremos ser útiles á la Humanidad, tenemos que proseguir sin descanso la senda que nos tracemos.





EL PORVENIR

El porvenir es un ignorado montón de átomos que uno á uno y por sí sólos forman el presente, como reunidos constituyen el laberinto del pasado.

Sombras y claridades, ayes doloridos y báquicas carcajadas, brisas suaves y huracanados vientos, todo eso conserva el porvenir en misterio impenetrable.

Y de las sombras que nos aterran, á la luz que nos alienta; del dolor que nos tortura, á la carcajada que nos divierte; de la brisa que nos besa, al huracán que nos maltrata, vamos pasando todos, como pasa de

un lado á otro el péndulo del reloj, soñando siempre en el porvenir y siempre creyéndolo mejor que el presente.

El porvenir comienza en la cuna y termina en la tumba, sin que sepamos lo que es.

Mas como el presente no es nada, sólo queda el pasado que es el verdadero porvenir de la vida, formado por mares de llanto y sobre los cuales flota un vaho casi imperceptible de dicha y tranquilidad.

Y por esto, no recordamos las amargas pasadas, sinó la débil nubecilla de la felicidad que flota.





EL PINCEL

Así como la pluma es la representación del talento, así el pincel es la representación del genio.

La pluma archiva la cultura de los pueblos, como el pincel inmortaliza la vida del color.

Por la pluma y el pincel mantenemos vivos á nuestros antepasados. Ni sus cerebros han muerto, ni sus rasgos fisonómicos se han borrado en la sepultura del olvido.

El pincel es la creación de la belleza y la copia de la realidad.

Por el pincel pueden desfilan ante nuestra vista personajes, pueblos, panoramas, de distintas épocas unos y de diferentes puntos otros, como

por la pluma podemos oír la palabra, meditar los consejos y saber las costumbres de todos los hombres, desde los más remotos tiempos hasta nuestros días.

El pincel es la locomotora que nos traslada á los más lejanos países y el dios que levanta de sus tumbas á los Lázaros de la sabiduría y de la santidad.

La pluma mantiene vivo el pensamiento; el pincel la figura; el cinematógrafo el movimiento...

El día en que se invente algo para que las figuras hablen, se habrá conseguido inmortalizar al hombre.



LA CUCAÑA

La cucaña es la diversión de los desocupados, como la vida es la diversión de la muerte.

Fijáos en una cucaña y veréis cómo es un fiel reflejo de la vida.

Falso y resbaladizo es el terreno que pisamos en la vida, como resbaladizo y falso es el bombo de la cucaña, que tenemos que cruzar á lo largo para alcanzar la bolsa que, llena de monedas y como premio á la pública habilidad, excita nuestro creciente deseo.

Unos, nos dirigimos al enebado palo, y otros nos afianzamos al movidizo bombo, según nuestras facultades, pero todos y entre sí, nos

vamos derribando á tierra, en medio de la general rechifla.

Mas del montón anónimo que á la cucaña rodea, avanza resueltamente un individuo y comienza á subir por el perpendicular madero, sin preocuparse de las burlas ni de las desagradables demostraciones de quienes lo contemplan.

El desconocido sube y sube, y al arrancar el premio de su audacia, desciende con la bolsa de la felicidad en la mano, en medio de múltiples aclamaciones y de grandes aplausos, ¡aplausos de manos que lo detuvieron, aclamaciones de labios que lo apostrofaron!

¡Luchemos, pues, en la cucaña de la vida, que las censuras de hoy pueden mañana convertirse en flores!



EL NOMBRE

El nombre es el dios de la posteridad y lo único inmortal de la existencia.

El nombre nace con nosotros, pero muere con nosotros, si á ese nombre no le procuramos un lugar en el templo de las ciencias, de las letras ó de las artes.

Por esto, todos marchamos á ganar el desfiladero que nos conduce á las pirámides de la celebridad, en cuyas cimas contemplan, generación tras generación, los nombres de tantos varones ilustres, sin que la fuerza destructora de los siglos esfume la espléndida aureola de la

inmortalidad que les rodea, como inmarcesible corona, tegida por la posteridad, con las siemprevivas de la admiración y con los laureles del aplauso.

Solo que muchos por temor, otros por modestia y los más por sus escasas fuerzas, no logramos llegar á esa cumbre, reservada á los Césares de la milicia, á los Balmes de las ciencias, á los Cervantes del lenguaje, á los Moratines de la poesía y á los Canos de las bellas artes.

Mas sinó logramos que nuestro nombre ocupe un lugar tan elevado, al menos procuremos no entregarlo á la posteridad como lo recibimos en la infancia, porque si tal hacemos, patentizamos que nuestro paso por el mundo ha sido infecundo en virtudes y en talentos.



EL PÚBLICO

El público es un señor respetable para quien lo explota; imparcial, para quien lo inviste de juez; ilustrado para el orador; hermano para el sacerdote; estorbo para el ratero; maniquí para el político, y exigente y severo para quien lo sirve.

Pero el público no es nada de esto.

El público es un enjambre de seres humanos, que tiene por colmena el egoísmo, la maldad por alimento y por zángano la audacia.

El público es insensible á las mayores desgracias; pero le distrae y le divierte el fomento de la calumnia.

Vais á cualquier espectáculo que os cueste el dinero, y si como particulares sois bondadosos y corteses, como público os convertís en tiranos y groseros, y sois groseros, porque protestáis de lo que no os agrada, y sois tiranos, porque no perdonáis la más leve é involuntaria falta, aún cuando perezca quien os divierte.

El público sin un hombre audaz al frente, es como ejambre de abejas sin zángano: se disemina y pierde su valor y su importancia.

Para saber lo que es el público, basta arrojar una moneda al suelo, y veréis cómo todos se paran y vuelven la cara, cara poco antes apartada con repugnancia del mendigo hambriento y haraposo.

Ese es el público: máquina inmensa, cuyo engranaje poderoso sólo se detiene ante un miserable *perro chico*.





EL MANICOMIO

¡El Manicomio! ¡Qué horrible es!
¡A su contemplación el espíritu
más fuerte se entristece.

Ruidosas carcajadas y lamentos doloridos, sueños de grandezas y realidades de miserias, cánticos de júbilo y exclamaciones de terror, grotescos movimientos y miradas avasalladoras, maldiciones y rezos, impudicias y recatos, inocencias é hipocresías, todo, en fin, se contempla en infernal mezcolanza, y los ecos de este clamoreo incesante, repercutiéndose por las desmanteladas celdas del Manicomio, llegan á nuestros oídos con tal violencia, que nos producen el efecto de fuertes

golpes descargados sobre el cráneo.

Allí, en el Manicomio, no habla la razón que cubre las desnudeces de nuestros actos y de nuestras intenciones, sinó la materia impulsada por la idea que la esclaviza.

El Manicomio representa el llanto del alma y la carcajada de la materia, porque mientras el cuerpo del loco se entrega á sus manifestaciones salvajes por el imperio de sí mismo, el espíritu, cual débil Boabdil, se anega en lágrimas amargas, ya que por su debilidad ó impotencia perdió y no puede reconquistar el trono que poseía.

El loco es un sér dividido en tantas partes cuantos miembros y facultades tiene.

Sucede con el loco, lo que con un gran estado dividido en pequeñas repúblicas: que á la mejor de cambio viene el loquero y le furtiga el rostro.

El Manicomio es una exposición de figuras al natural con variados y constantes movimientos.

Hay algo peor que la muerte: la

locura, porque la locura es la eterna
agonía del espíritu, y de la materia
el suplicio eterno.





LAS FLORES

La flor es una hembra seductora por su belleza, interesante por lo débil, embriagadora por su aliento perfumado, y consoladora porque entre sus pétalos de seda mora siempre la alegre imagen de la sonrisa.

Campo sin flores es como hogar sin mujeres: todo es grotesco y desarmónico. Ni el eco dulce de amorosa frase sondea el espacio, ni alegre cuadro de colores bellos la vista aviva; ni delicado aroma suaviza el ambiente, ni apasionado beso deleita los sentidos.

Cada jardín es un harén del espíritu. Allí están las flores cual

concubinas de Sultán: desnudas y alegres para halagar al dueño, que implacable arranca la flor marchita, como el soberano desecha la mujer envejecida. ¡Que la mujer y la flor por su belleza imperan!

Las flores son bendito fruto de la Naturaleza sabia, como las mujeres ángeles del mundo.

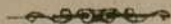
Flor entre zarzas y peñas, es amorosa madre secuestrada de sus hijos; como flor nacida en cenagosa charca, es niña inocente en lupanar inmundo.

Las flores son el emblema del amor, y por ellas el alma se educa en la idea de lo bello.

Flor sin rocío languidece; como mujer sin caricias se marchita.

La mujer y la flor nacieron juntas, y las creó Dios para amenguar la brusquedad del hombre.

Sin mujeres ni flores, el mundo sería inmenso cuerpo sin ternuras del alma.





LA POLITICA

La política es una red por entre cuyas mallas se escapan casi siempre las frases de la sinceridad y la lealtad del proceder.

El político es un almacén de esperanza, donde todos los parroquianos adquieren alguna mercancía.

Es más difícil profetizar en política que en el tiempo, porque en el tiempo rara vez se sufre equivocación, mientras que en política rara vez se acierta.

Para la carrera política son dos grandes asignaturas la desaprensión y la audacia.

La política honrada es el maná de los pueblos: la política inmoral

es una esponja que embebe las riquezas y las libertades de las naciones.

En las luchas políticas, el más cínico lleva la mejor parte, porque imputa al contrincante hasta sus propios errores y vicios.

Mientras la política sea el porvenir de la ineptitud y de la gandería, seguiremos desoendiendoc hasta el último peldaño de la corrupción y de la miseria.





LA ALHAMBRA

Quien no ha visto la Alhambra no ha soñado, porque la Alhambra es un sueño de la fantasía esculpido en yesos y mármoles, adornado por manigual de corpulenta alameda, é iluminado por la blanca luna, cuyos rayos, al filtrarse por las paredes de encaje ó por entre la espesura de la enramada, proyectan caprichosas sombras, que parecen hadas silenciosas que pueblan aquellas bóvedas de verdura y aquel palacio de bellezas lleno.

Contemplando la Alhambra cuando la ciudad duerme extendida á sus plantas, cual media luna, que coronara un día las alturas de sus

derruidos terreones, misterioso eco parece que á nosotros lleva vago rumor de sus pasadas zambras, confuso relato de leyendas amorosas, tropel de corceles que á la cita corren, cuadros disolventes de escenas borrascosas sostenidas por los celos, ayes de dolor y protestas de inocencia de los abencerrajes condenados, aleteo de besos y lloro de las cautivas, todo, en fin, cuanto la historia y el Romancero nos relatan, impresionándonos de tal modo, que perdemos la noción de la realidad, absorbida por tan variados é interesantes hechos que al espíritu enamoran.

El más ligero detalle arquitectónico de la Alhambra, parece un imán del espíritu que nos lleva junto á él para inmovilizarnos en su examen.

Allí, dentro de la morada de los Nazaritas, se respira tal atmósfera se nota cierto vaho imperceptible en derredor, que nuestra materia se amoldaría gustosa á las costumbres musulmanas.

Los árabes hicieron la Alhambra, y la Alhambra se basta por sí sola para hacer árabes.

Nuestra raza dominó y expulsó á los árabes de España, pero los árabes dejaron la Alhambra que nos seduce y nos domina.



DIOS

La idea de la Divinidad nace con el hombre, y por esto desde que el hombre existe, existe el pensamiento de un Dios perfecto.

Sólo que en la antigüedad se adoraban tantos dioses como pasiones y vicios tiene el hombre, pero dioses al fin que eran la perfecta imagen del vicio ó virtud que representaban, excepto en el pueblo hebreo, en el que desde el principio de los tiempos se conservó incólume la idea de un Dios eterno é inmutable, único autor de todo lo existente. Luego existía el principio de una superioridad y de una perfección.

Pasadas las distintas etapas del politeísmo, y el mismo politeísmo hundido en su propio descrédito, vino el Cristianismo á reemplazarlo y á proclamar la existencia de un sólo Dios,—tal y como se había adorado por el pueblo escogido,—compendio de todas las virtudes y flamígera espada siempre dispuesta á castigar el vicio.

Pero como es innegable que nuestro estudio, nuestro pensamiento, nuestra meditación, son impotentes, cuando la revelación divina no los auxilia, para sacarnos del valor convencional que de Dios forma el ser humano, abandonado á sus propias fuerzas, y como lo juzgamos á medida de nuestra inteligencia, á medida de nuestras opiniones é ideas, de ahí nacen los juicios contradictorios que la Humanidad se forma y que fomentan el error y nos llevan á la encarnizada y eterna lucha de religiones y creencias, lucha eterna, en la cual todos nos creemos en posesión de la verdad infinita, sin tener en cuenta, en nuestra ardiente fé, que la verdad no es siempre aque-

lla que tiene más apariencias y probabilidades racionales y lógicas de serlo.

Dios es indispensable para la vida del espíritu, y por consiguiente, tenemos la necesidad de creer en la existencia de Dios.

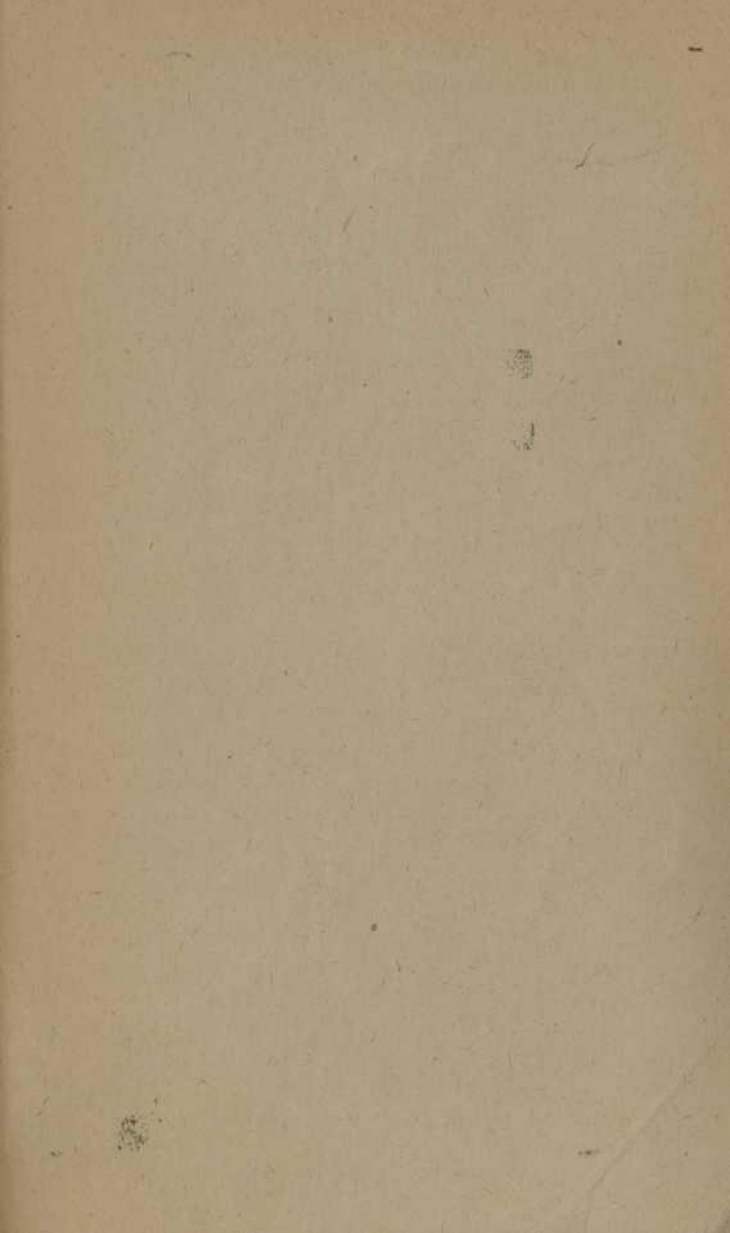
Mas si nuestra inteligencia es impotente para conocer el *efecto* Universo, ¿por qué nos empeñamos en querer comprender con exactitud la *causa* Dios?

FIN.



FÉ DE ERRATAS

P.	L.	DICE	DEBE DECIR
7	16	livinidosa	libidinosa
9	3	adyecta	abyecta
10	26	discreción	discreción
16	4	te	se
16	15	chisperroteo	chisporroteo
24	23	insenciario	incensario
26	11	lividinosos	libidinosos
33	16	aerrojado	aherrojado
34	7	disminutos	diminutos
37	19	despreciables	despreciable
37	23	la	las
38	1	excreencias	excreencias
51	10	arraza	arrasa
52	12	ata	atan
53	1	sin	ni
57	13	las	los
59	5	aquellas	aquellos
63	5	desasociago	desasosiego
66	2	obsesión	obsesión
67	4	sin sonrisas	ni sonrisas
71	6	moviliario	nobiliario
71	16	marcharse	mancharse
71	16	se marcha	se mancha
74	10	codores	colores
78	6	fustijado	fustigado
79	14	álguido	álgido
80	23	abasalladora	avasalladora
85	3	vereno	verano
86	24	nuve	nube
89	10	de mal	del mal
91	3	salibazos	salivazos
95	10	rivetes	ribetes
107	4	eso	ese
107	15	Besamos	Bésanos
108	1	progagar	propagar
110	1	encarnada	encarnara
113	13	álguido	álgido
113	14	gerticulan	gesticulan
119	4	boluntatis	voluntatis
123	6	oradar	horadar
125	1	pocho	pecho
126	12	inditerencia	indiferencia
130	18	afixia	asfixia
140	7	rugite	rugido
170	8	consntatemnete	constantemente
172	20	se le eleva	se eleva
172	28	compepenetra	compenetra
174	6	crédula	crédulas
248	23	furtiga	fustiga
253	9	desoendiende	descendiendo
255	1	terreones	torreones



Verdad



541

51B